BOLSILIBROS BRUGUERA

PUNTO ROJO

MANCHADO DE SANGRE

Burton Hare

COLECCION

PUNTO ROJO

BURTON HARE

MANCHADO DE SANGRE

Colección **PUNTO ROJO** n.º 867
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ISBN: 84-02-02520-X
Dépósito legal: B 34.519 - 1978
Impreso en España - Printed in Spain
1ª edición: diciembre, 1978

© Burton Haré - 1978
texto

© Desiló - 1978
cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1978

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.459 — Lamento por una rubia.

En Colección PUNTO ROJO:

859 — Pantera de fuego y oro.

En Colección LA HUELLA:

130 — El funeral de las ratas.

CAPÍTULO PRIMERO

Detuve el *Corvette* en una esquina de Laurel Drive y traté de leer el nombre del buzón. No había ningún número a la vista. Se supone que en Beverly Hills todo el mundo conoce las mansiones de los privilegiados, pero yo no entraba en su círculo, así que la cosa se presentaba difícil.

Di gas y rodé un poco. Vi al fin un número, y supe que había de rodar bastante más hasta la casa donde se suponía que estaba esperándome una rubia ardiente.

Era tan ardiente, que el noventa por ciento de los hombres con hormonas del país habían soñado con ella por las noches, y yo estaba dispuesto a apostar que algunos hacían algo más que soñar.

Del otro diez por ciento, los que no soñaban con Shirley Benedict, no valía la pena de ocuparse.

Así que continué encaramándome por la suave ladera, contemplando el crepúsculo entre los enormes árboles de los jardines, los prados de césped grandes como estadios, las mansiones reliquias de tiempos mejores, y las verjas de quienes, seguramente pensando en tipos como yo, no querían que nadie metiera la nariz en sus propiedades.

Al fin descubrí el lugar que buscaba. ¡Hombre! Les aseguro que era toda una choza. Había una verja de hierro rodeando el lote de terreno, pero no impidiendo su contemplación. Y si había un jardín digno de verse en todo Beverly Hills era justamente aquél.

Detuve el coche, ahora definitivamente, y me apeé conteniendo el aliento. La rabia ardiente debía cobrar una fortuna cada vez que aparecía en la pantalla ligera de ropa. O sin ropa, que para el caso no parecía importarle demasiado.

Luego, estaban las revistas. Competían entre ellas para ver quién le pagaba más por sus poses, y ya conseguido el privilegio, entonces competían los fotógrafos, directores artísticos y redactores jefes

para conseguir de ella las poses más excitantes, más lascivas.

Ésa era la dama que yo tenía que ver en aquella casa de medio millón de dólares, sin contar más que las paredes.

La verja estaba abierta, y más allá se extendía un prado de césped en el que hubiera podido maniobrar un regimiento de infantería. Caminé por el sendero de losas de piedra, llegué a la puerta y pulsé el timbre.

Oí un zumbido junto a mi oreja. No era el timbre, puesto que un carrillón había repicado dentro de la casa.

Nunca las cosas son como parecen. El zumbido debiera haberme servido para saltar a lugares más seguros. Tardé más de lo debido en caer en la cuenta de que se trataba de un disparo hecho con silenciador.

Y para entonces era demasiado tarde. Sentí una llamarada en el costado y reboté contra la pared con el dolor del infierno en alguna parte sensible de mi cuerpo. Después caí de rodillas, rugiendo en todos los tonos y luchando por sacar mí «38» de la funda.

Vi aparecer el tipo en la esquina, Llevaba una automática en la mano y estaba buscando un buen puesto de tiro para rematarme.

Le grité algo y estiró el cuello. Disparé sin importarme cuantas veces y el «Colt-Cobra» tronó ruidosamente, encabritándose en mi mano.

El tipo pareció que estiraba otra vez el cuello, pero en realidad se estiró todo él, antes de girar como una peonza.

Después de eso desapareció de mi vista, más allá de un macizo de rododendros en flor.

Me levanté sintiéndome mareado por el dolor. Paso a paso me dirigí a los rododendros rechinando los dientes, tan enfurecido que ni siquiera volví a pensar en la rubia ardiente, y eso tratándose de Shirley Benedict, no le hubiera gustado.

El tipo estaba caído en el suelo. El césped empezaba a beber su sangre como un verde vampiro, pero no estaba muerto. No lo estaba aún, pero iba a estarlo muy pronto si la cosa dependía de mí.

Ladeó la cabeza y me miró. Tenía unos ojos pequeños y brillantes. Empezó a pelear con la muerte para incorporarse. Le sacudí un puntapié en la cara y se fue dando tumbos, a ensuciar el césped un poco más allá.

—¿Por qué, hijo de cien perras? —rechiné salvajemente—. ¿Por

qué?

No me contestó. Estaba escarbando el césped con los dedos engarfiados. Miré su pistola. Era un buen petardo, una «45» cuyo proyectil, si me hubiese acertado de lleno, me habría partido por la mitad. El silenciador era una obra de arte.

Me incliné sobre él.

—¿No me oíste? Quiero saber por qué tenías que liquidarme.

Me miró otra vez, suplicante. Tenía la nariz aplastada y sangraba a chorros.

Pero tampoco habló. Tal vez fuera mudo. Le di otra vez con la puntera del zapato en la cara. Me parece que engulló la mitad de sus dientes, y los labios se le reventaron.

Cayó hacia atrás y ya no se movió.

Entonces caí en la cuenta de que era muy raro que, con todos los disparos que yo había efectuado, con el estrépito de mí «38», no hubiera salido nadie de la casa. Así que corrí hacia la puerta. No estaba cerrada con llave y entré dando gritos.

Nadie me respondió.

Di un traspié porque mi herida no estaba para movimientos bruscos. Creí que iba a caerme al suelo.

Empecé a recorrer la casa, con el revólver dispuesto para hacer su trabajo.

La encontré en una sala de muebles delirantes y colores que habrían vuelto majareta a un psiquiatra. Estaba tirada en la alfombra, completamente desnuda, y cualquier maldita revista de chismes habría pagado millones por esa pose.

Tenía un enorme agujero estropeándole el pecho izquierdo, aquel mismo seno que en las fotos encalabrinaba a media nación.

Bueno, yo había llegado demasiado tarde, aunque ella no me dijo por teléfono que la cosa era tan urgente como eso. La contemplé unos instantes, fascinado por aquel cuerpo increíble que ni la muerte podía librar de su carga sensual.

Juzgando por la postura que tenía ella, y por los pequeños detalles obvios, antes de morir había sido violada. Pensé que le debía unos cuantos puntapiés extras al cerdo que yacía allá fuera.

Iba a dárselos cuando escuché el extraño quejido más allá de una puerta cerrada. Brinqué hacia allí, levantando el revólver, y una vez más mi herida arañó tan profundamente que caí de rodillas.

Maldije en voz alta. Casi a rastras llegué a la puerta, me incorporé como pude y pegándome a un lado, la abrí violentamente.

No sucedió nada. Nadie disparó ni nada de eso. Sólo aquel espeluznante sonido otra vez. Así que asomé un ojo por encima del cañón del revólver y allí estaba. Otra mujer en malas condiciones.

Acabé de entrar. Las rodillas me temblaban, pero no sé si era de pánico o de dolor, o por la flojedad que estaba extendiéndose por todo mi cuerpo.

La nueva víctima del asesino tenía el agujero en el estómago. Era una muchacha de poco más de veinte años y llevaba los harapos de lo que debió haber sido un uniforme de doncella. Ahora, ya no era siquiera uniforme, ni ella era tampoco doncella.

Me incliné sobre ella sin atreverme a tocarla. Sus dedos se engarfiaban en torno a la enorme herida que aún sangraba. Sus ojos desorbitados me miraron con todo el terror y la angustia del mundo.

—No voy a hacerle daño —murmuré—. Sólo quiero ayudarla. No trate de moverse, llamaré un médico, y a la ambulancia.

—¡No… no podrán…!

—Quieta aquí y no se mueva.

—Es… espere… usted… usted…

—Soy Brady McShane.

—Sí… ella le… le…

—Me llamó, aunque no me dijo para qué. Ahora no hable, ya lo hará después.

—Ese hombre…

—Está muerto. Lleno de plomo.

Creí que por un instante la felicidad resplandecía en su cara. Yo no sabía si el tipo había reventado ya o no, pero pensé que la noticia le daría ánimos a la chica.

Y así fue.

—Busque a… a Brangean y… y mátelo… también…

Bueno, la niña debía pensar que yo era una especie de peste negra o algo así. La dejé donde estaba, ya aclararía luego eso del extraño nombre. Agarré el teléfono y en pocos minutos hice un buen trabajo con él.

Luego me fui dando tumbos hacia el jardín. El fulano seguía

donde lo dejara, dando las últimas boqueadas. Pero era un buen profesional. Había intentado arrastrarse para atrapar la pistola, allí donde había caído antes.

Le aplasté los dedos con el zapato, hundiéndoselos en la tierra y presionando lo bastante para que lanzara un quejido agónico.

—¿Quién es Brangean, bastardo, lo sabes?

Aún me miró. De mala manera, pero me miró. No me gustó que siendo un puerco asesino de mujeres se permitiera el lujo de mirarla de aquel modo, así que le di en la cara dos o tres veces más con la puntera del zapato y ya no volvió a mirarme ni bien ni mal.

Volví a la casa. La sirvienta había perdido el conocimiento y apenas respiraba. No me atreví tampoco a tocarla ni a colocarla en una postura más cómoda. Ya estaba bastante mal sin que yo la ayudara a morir más aprisa.

En el salón delirante, donde yacía el espléndido cuerpo sin vida de la exrubia ardiente, me derrumbé en un diván y por unos instantes permanecí quieto, jadeando, tratando de controlar el dolor que laceraba mi costado.

Una sirena empezó a oírse en alguna parte. Luego, otra, procedente de una dirección distinta, le hizo coro. Se acercaba velozmente. Me volví en el diván y por el inmenso ventanal que ocupaba casi toda una pared vi detenerse un auto-patrulla más allá de la lejana verja. Otro pasó zumbando para ir a detenerse un poco más abajo.

Todo se borraba rápidamente de mi vista, como si de pronto se hubiera alzado la sucia niebla de Los Ángeles en ese distrito residencial, inmune a la contaminación.

Aún vi aparecer al primer agente uniformado en la puerta del salón. Traté de hablar, pero entonces todo se fundió en un océano de negrura y me apagué como una vela.

Todo eso salí ganando.

CAPÍTULO II

Una cara bonita, orlada de cabellos rojos como una llama, estaba inclinada sobre mí. Y yo estaba tendido en una cama.

No me gustó la cosa. Me gusta llevar la iniciativa cuando se trata de juegos de cama, así que decidí hacer honor a mi divisa.

Ojalá no lo hubiese intentado. Una cuchillada me desgarró el costado y quedé jadeando como un fuelle, mientras la voz de la pelirroja llegaba apagada, con acento de reproche. No entendí una maldita palabra lo que dijo.

Un hombre sustituyó a la bonita dama. Salí perdiendo con el cambio porque era un tipo muy feo.

También él habló, pero su voz se debió perder en alguna oscura dimensión sideral, tan lejana que yo también me hundí en aquel vacío donde no había nada.

La siguiente vez que vi a la pelirroja estaba haciendo algo en mi brazo. Traté de decirle que había otras maneras de hacer cosas en una cama, pero no encontré la voz por ningún lado.

Entonces vio que estaba mirándola y sonrió. Tenía una sonrisa de cien mil voltios.

—No intente moverse, todo va bien, señor McShane.

Esta vez la oí.

—¿Está segura?

—¿Qué dice?

Por lo visto yo no lograba articular palabra. Pero me sonrió otra vez y se esfumó. Como por arte de magia, el tipejo feo apareció poco después.

—Se encuentra usted fuera de peligro, amigo —comentó, muy contento—. Nos dio mucho trabajo, ¿sabe?

—¿Cómo infiernos iba a saberlo?

Pero él prosiguió:

—La policía vigila la puerta, pero no se preocupe, no les

permitiremos que le importunen hasta que se halle mucho más restablecido.

—Oiga…

—Tampoco trate de hablar. Todo lo que necesita ahora es descanso.

Dio unos golpecitos confianzudos en mi mano y se largó.

Empecé a darle trabajo a la sesera. Aquello era un hospital sin la menor duda. También capté la luz del sol entrando por una ventana, y las paredes blancas, y un techo del mismo color del que colgaba una sencilla lámpara.

Tal vez pasaron unos minutos, o quizá otro día entero, no lo sé. Pero al abrir los ojos tropecé con un escote discreto, pero abultado provocativamente. Los pechos encerrados debajo de aquella cosa blanca acusaban la suave respiración de la pelirroja, que otra vez estaba ocupándose de mí como una gallina de su polluelo preferido.

—¿Cómo se encuentra hoy? —susurró.

—No lo sé…

—¿No lo sabe?

—Mal, creo. Estoy viéndola a usted y ni siquiera hice nada para meterle mano…

Se echó a reír y dijo:

—Desde luego, debe estar agonizando para eso, ¿eh?

—¿No lo sabe usted?

—Está espléndido, señor McShane. Dice el doctor que ha sido casi un milagro.

—El doctor… ¿Es ese tipo tan feo?

Parpadeó. Luego volvió a reír.

—Oh, ya veo… Sí, se llama doctor Lenley. El le operó, ¿sabe? Dos horas y treinta minutos.

—¿Todo ese tiempo hurgando en mi cuerpo? Con razón me encuentro hecho migas.

—Ahora descanse. Nada de hablar, nada de excitarse.

—Eso no puede ser, con usted tan cerca.

Me amenazó juguetonamente y desapareció. Oí cerrarse la puerta y estuve solo una vez más.

El médico vino más tarde, y luego él y la enfermera se sucedieron, mientras yo flotaba en una dimensión que no era ni sólida ni real, a medida que volvía a este mundo.

Durante las noches me atendía otra enfermera que no era pelirroja, ni tan hermosa como la diurna. Tampoco tenía su sentido del humor, así que decidí dormir todo lo posible mientras ella estuviera de servicio, y aprovechar el día para cambiar impresiones con la otra, mucho más asequible.

De modo que, entre unas cosas y otras, el matasanos decidió que yo ya estaba en forma y les permitió la entrada a los polizontes.

Fueron dos los que se colaron en la habitación. Uno alto y el otro de mediana estatura. Ambos pulcros y con caras de pocos amigos.

Eran el teniente Craine y el detective de primera Lansing. El teniente era el mediano.

—Por fin podemos interrogarle, McShane —gruñó éste, como si estuviera muy disgustado conmigo.

—No fue culpa mía —dije—. No le pedí a aquel hijo de perra que me metiera un plomo del «45» en el cuerpo.

—Usted le metió tres a él, si nuestras deducciones son correctas. Hemos partido de la base que nos ofrecieron las armas halladas en el lugar de la matanza.

—Son correctas. Disparé varias veces, sólo para estar seguro de que no escapaba.

—Quizá fuera mejor que contara usted su historia desde el principio, si le parece.

—¿Cómo no? Pero antes díganme una cosa. Había una muchacha herida… ¿Cómo está? He preguntado a las enfermeras, pero no debieron traería a este hospital.

—La llevaron a la Morgue. Estaba muerta cuando la sacamos de allí.

—Ya veo… Pobre chica…

El detective de primera debía estar ansioso por ascender. Dijo con voz bronca:

—Estamos esperando, McShane.

—¿Qué? Oh, eso… Todo lo que sé es que Shirley Benedict me llamó por teléfono. Necesitaba contratarme con urgencia y me pidió que fuera a su casa para hablar del asunto. Parecía muy apurada, y sólo con oír su nombre fue suficiente. Le prometí que iría Al llegar, y cuando acababa de llamar a la puerta, aquel hijo de perra disparó desde la esquina. La primera bala no me acertó, pero la segunda sí,

tirándome. Le devolví el fuego y no tengo reparo en decir que todo lo que quería entonces era matarlo del modo más sucio posible…

—Encontramos la otra bala del «45» —rezongó Craine con voz lúgubre—. Pero usted se entretuvo en machacarle la cabeza al tipo… a puntapiés, según opinión del médico forense.

—Sí. Pensé arrancársela a patadas cuando vi lo que había hecho dentro de la casa.

Les expliqué cómo había encontrado a las dos mujeres. Después, el teniente gruñó:

—¿Le arrancó alguna palabra al asesino, antes de matarlo?

—Nada. Ni un suspiro. Y no supe si lo había matado o no cuando regresé al interior de la casa.

—Hizo usted un buen trabajo —explotó el detective de primera —. De haberlo dejado vivo habría cantado.

—Amigo, si usted piensa eso de un profesional, es que tiene mucho que aprender todavía. Y aquel hijo de su madre era un profesional de la cabeza a los pies.

—Lo que yo digo es que se necesita muy mala sangre para patear a un hombre agonizante.

Me volví hacia el teniente.

—Oiga, ¿de dónde los sacan ahora? —me interesé—. Antes los polizontes no tenían un estómago tan delicado…

—Déjese de chistes. ¿No le confió algo por teléfono la Benedict, cuando le llamó?

—Nada. Sólo que estaba en apuros.

—¿Acostumbra aceptar encargos de sus clientes, sólo por teléfono?

—Cuando el cliente se llama Shirley Benedict, sí, teniente. Y aceptaría igual por telegrama.

—Entiendo. Y eso explica, en parte, su cartel entre las gentes del cine y la televisión.

—¿Se supone que quiere decir algo concreto con eso, o sólo está hablando por hablar?

—Usted lo sabe bien. ¿Reconoció al tipo que mató?

—No lo había visto en mi vida.

—¿Seguro?

Había un leve retintín en su voz, algo que no me gustó.

—No lo había visto nunca —insistí—. ¿Debería haberlo

conocido?

—Tal vez. Era uno de los «torpedos» de Giro Matiella.

Casi di un brinco en la cama.

—¿Matiella?

—Ajá. ¿Aún insiste en que no le conocía?

—No lo había visto nunca antes de aquella noche. Pero si estaba en la nómina de Matiella…

—Estaba, eso es seguro.

—No me gusta nada.

El hizo una mueca de contento.

—Lo creo. Matiella ya tenía sobrados motivos para no sentir simpatía por usted, McShane. Imagino que ahora se enfurecerá todavía más. Quizá decida hacer algo al respecto.

Les miré. Curiosos ejemplares esos policías. Sabían que Matiella era uno de los peores criminales de los últimos tiempos, y no podían mover un dedo para acabar con él Sabían que mataba, extorsionaba, violaba y se reía de todas las leyes escritas y por escribir, y todo lo que se les ocurría era reírse de felicidad ante la idea de que, quizá, Matiella decidiera rebanarme el cuello.

—Pensaré sobre ese alentador porvenir, teniente.

Hicieron algunas preguntas más, unos comentarios que no contribuyeron a levantarme el ánimo, y se fueron por donde vinieran.

Permanecí varios minutos quieto, perplejo. Quizá no hubiera nadie en toda la costa que supiera más sobre Giro Matiella que yo. Y con todos mis conocimientos sobre semejante alacrán, no podía comprender las razones de que hubiera enviado a uno de sus matarifes para acabar con la Benedict.

Cuando la hermosa pelirroja apareció apenas si le presté la debida atención. Se quedó mirándome intrigada.

—¿Qué le pasa, ha empeorado, Brady?

Ya me llamaba por mi nombre de pila. Habíamos congeniado. Fero en aquellos momentos yo no estaba a la altura de las circunstancias.

—Estoy preocupado, eso es todo.

—¿Por esos policías?

—En parte tan sólo.

—Mala gente. No debieron dejarles llegar hasta usted todavía.

—No se trata de eso. La cosa hubiera sido lo mismo hoy que dentro de una semana. ¿Qué pasa, Zita querida, otro pinchazo?

Sonrió de aquella manera que aumentaba el voltaje de la lámpara.

—Sólo vine a ver cómo seguía.

—Gracias. Ya casi estoy en condiciones de demostrarle todo el aprecio que usted me inspira.

—Eso está bien.

—Venga aquí, quizá podamos hablar un poco usted y yo.

Sacudió la cabeza.

—Aún no —dijo—. Para «eso» no está lo suficiente fuerte todavía.

—Estoy bien. Voy a salir de aquí en cualquier momento, y usted y yo no nos habremos conocido lo suficiente.

—No saldrá hasta que el doctor lo autorice.

Alguien llamó discretamente a la puerta con los nudillos. Ella se volvió y yo dije:

—Entre.

Una cabeza dorada asomó por la rendija. Unos ojos azules, profundos, intensos, grandes y descarados, me buscaron. Una nariz preciosa, recta y afilada venteó el aire, como si no le gustara el aroma del hospital. Luego la boca roja y húmeda sonrió.

—¿Interrumpo algo, Brady querido? —Runruneó.

Me quedé boquiabierto.

—¡Laurie!

Entró, ondulando su fabuloso cuerpo igual que si interpretara una danza lúbrica. No cerró la puerta.

Sus ojos inquisitivos fueron de la pelirroja a mí y de nuevo a la pelirroja.

—No habré estropeado nada importante, imagino…

Su voz era una demostración de hasta qué punto puede ser sarcástica una voz humana. Una voz de mujer, se entiende.

Zita hizo una mueca.

—¿Es realmente Laurie Revere? —indagó.

—Naturalmente, querida.

La enfermera estuvo examinándola de arriba abajo. Había mucho que ver, tanto arriba, como en medio o abajo. Sin embargo, Zita hizo un mohín.

—Qué lástima, creí que era «realmente» atractiva como en las películas.

Salió meneando la cabeza y las caderas. Cerró la puerta con infinito cuidado y aún pasaron varios segundos antes de que la estrella saliera de su indignado estupor.

—¿Oíste eso? —explotó al fin—. ¡Esa gata anémica! ¿La oíste?

—Envidia, Laurie, nada más que eso.

—Claro, ¿qué otra cosa?

Pareció revivir. Trotó hasta mí, se sentó en la cama y echándose materialmente en ella me besó.

Imagino que si alguien acerca los labios a un electrodo de alto voltaje deberá sentir lo mismo que sentí cuando la boca de Laurie se estrellaba contra la mía. Fue un beso de los que levantan ampollas, con su lengua peleando por llegar hasta la mía. Me rendí sin entablar pelea. Cualquiera no.

Después se irguió, un poco jadeante, un poco tensa, un mucho vibrante.

—¡Querido, no lo supe hasta leer los periódicos!

—¿Qué?

—Lo tuyo. Que estabas herido y todo eso.

—Claro.

Seguí mirándola un tanto escamado. Ella me acarició la cara con la seda de sus dedos.

—Tienes un aspecto magnífico —comentó.

—Tú tampoco te ves nada mal.

—¿Cuándo te dejarán salir de aquí?

—No lo sé. Pronto, supongo.

—Te necesito.

—¿Estás en apuros?

Sonrió. Se pasó la punta de la lengua por los labios y yo sentí que me subía la temperatura.

—Sólo acudo a ti cuando tengo algún lío…, pero sabes que te quiero Brady querido.

—Claro Todo el mundo ama al gran Bray McShane. Un día de éstos organizarán un festival de homenaje… ¿Y si dejamos de decir tonterías, preciosa? Tú eres Laurie Revere, la estrella, el símbolo sexual de América y todo eso, además de la mayor fuente de ingresos de la Mundial Corporation, y yo soy el arreglalotodo que te

ha sacado de algunos embrollos en el pasado. Bueno, ¿dónde está la dificultad esta vez?

—A veces me gustaría arañarte, Brady, cariño.

—No lo hagas, estoy en baja forma.

—Si los productores supieran que estoy aquí se subirían por las paredes. Pero te necesito.

—Eso ya lo dijiste antes.

Sacó cigarrillos y encendió dos, pasándome uno que al chuparlo tenía el sabor de sus labios.

Suspiró.

—Alguien intenta sacarme dinero, Brady.

—¿Chantaje, quieres decir?

—Sí.

—¿Qué tiene contra ti?

—Eso no importa ahora. Ni después tampoco —añadió rechinando los dientes—. ¿Vas a ayudarme?

—Si todo lo que puedes decirme es eso, no.

—Casi no hay nada más. Te contrataré, cariño, como otro cliente cualquiera.

—Es difícil imaginarte sólo como cliente. Tienes demasiado ahí arriba, y si uno baja la mirada un poco más abajo tampoco puede dejar de pensar en ti relacionándote con una mullida cama.

Se encogió de hombros.

—Estás en el hospital, de lo contrario…

—Dime algo más sobre ese chantaje. Para eso has venido, así que aprovecha el tiempo.

Suspiró profundamente, con lo que consiguió que las agudas puntas de sus pechos casi atravesaran la tela del vestido.

—Primero —explicó al fin— fue una llamada telefónica. El tipo que habló no parecía muy seguro de sí mismo, tú sabes, de modo que le envié al infierno. Después recibí una nota. Ésta.

Revolvió en el bolso hasta encontrar un pedazo de papel.

Le eché un vistazo. No era muy extenso el mensaje.

—Ése sí parece seguro de sí mismo —comenté.

—Sí.

Volví a leer el breve texto. En concreto sólo decía que, o bien Laurie pagaba cincuenta mil dólares, o el asunto de Acapulco saldría a la luz en todas las revistas de chismes del país. Añadía que

le darían nuevas instrucciones y eso era todo.

—¿Qué pasó en Acapulco, nena?

Sacudió la cabeza.

—No es lo que imaginas, Brady.

—Yo no imagino nada. Me limito a preguntar. ¿Un romance, una orgía por todo lo alto, qué? Si se trata de eso mándalos al infierno. Eres soltera, libre, y los chismosos de las revistas te han achacado suficientes aventuras eróticas para que nadie se escandalice ahora.

—Brady, ¿piensas ayudarme o no?

—¿De qué modo, si ni siquiera confías en mí?

—Todo lo que tienes que hacer es atrapar a ese bastardo hijo de perra y romperle la crisma. No se trata de los cincuenta mil dólares. Tengo dinero… sino de que después no dejarían de sacarme todo lo que me quedara.

—Ése no es modo de tratar a los chantajistas. A menos que tengan algo muy grande en las manos.

—Lo tienen, eso es lo malo.

Desvió la mirada hacia la ventana, como si allí estuvieran todas las respuestas.

—Ya veo… y no puedes decirme de qué se trata…

—No.

—¿Cuándo sucedió eso de Acapulco, sea lo que fuere?

—Hace años.

—¿Y no lo han esgrimido hasta ahora?

—Quizá esperaron a que yo estuviera en la cumbre, cuando no podría negarme a pagar. Años atrás poco dinero hubieran sacado de mí…

—Y no se trata de un lío amoroso ni de una orgía desenfrenada… ¿Fotos?

—¡No son fotos, maldito seas! ¿Quieres dejar de interrogarme y hacer algo?

—No puedo hacer nada desde esta cama. Nada relacionado con ese trabajo quiero decir.

Me miró echando chispas.

—Brady, me gustaría estrangularte. De veras que me gustaría. Tienes un gran cartel entre las gentes de la industria, pero eso no te da derecho a burlarte de mí.

—No me burlo de ti, querida. Sólo estoy furioso porque te niegas a confiar en mi discreción.

—Veo que he perdido el tiempo.

Se levantó, rígida. Pude ver que estaba a punto de echarse a llorar.

—Espera un minuto, linda. Deja que salga del hospital y hablaremos otra vez. ¿De acuerdo?

—¿Me ayudarás entonces?

Lo pensé. Pero adelante de todo aquello que ella atesoraba, y de aquella mirada húmeda y suplicante, me rendí.

—Sí —dije—. Y ojalá no tenga que arrepentirme algún día.

Casi brincó hacia mí. La cama protestó cuando ella se desplomó a mi lado, y un instante después su boca emprendía otra operación de buceo en la mía, esparciendo llamas, lava y fuegos artificiales a mi alrededor.

Ni siquiera oímos abrirse la puerta. Luego la pelirroja enfermera carraspeó y Laurie saltó hacia atrás, jadeando.

Le dedicó una mueca a Zita y contoneándose como ella sabía hacerlo, se fue.

La pelirroja se quedó mirándome, sacudiendo la cabeza.

—Opino que es demasiado pronto para esos esfuerzos, señor McShane —dijo.

Volvía al tratamiento protocolario.

—Me sorprendió —repliqué—. Fue una de esas cosas.

—Claro, ¿cómo podría ser de otra manera? Prepárese, debo inyectarle.

—¿Qué es esta vez?

Me miró echando chispas.

—En cualquier caso —gruñó—, no son hormonas. No las necesita.

Me clavó la aguja con el mismo entusiasmo con que me habría hundido un cuchillo.

CAPÍTULO III

El primer día que pude abandonar la cama comprendí que Zita había tenido razón; yo estaba prácticamente hecho una ruina. Las piernas no parecían mías, el costado me dolía de nuevo y empecé a verlo todo del color de un funeral.

Los dos días siguientes las cosas empezaron a recobrar la normalidad, incluidas mis amistosas relaciones con la pelirroja. Ella había decidido olvidar el episodio con Laurie y volvía a sonreír de aquella manera que levantaba algo más que el ánimo.

Después llegó la despedida. Según el matasanos, yo estaba listo para hacerme matar otra vez.

Así que me vestí. Habían lavado mis ropas en el hospital, y sólo quedaban en ellas, como recordatorio de que yo debía hacer algo con Girolamo Matiella, los agujeros hechos por la bala en la chaqueta, la camisa y la camiseta.

Zita vino a despedirme. Parecía realmente apenada por perderme de vista.

—Nos volveremos a ver —prometí—. Tengo mucho tiempo libre en mi trabajo. ¿Qué te parece una cena íntima mañana noche?

—Mañana no puedo —dijo—. Llámame por teléfono en cualquier momento. ¿De acuerdo?

Asentí. Di un vistazo a la puerta. Estaba cerrada.

Era la hora de la despedida final. Yo sólo conocía una manera de despedirme de una pelirroja semejante a una llama viva.

La encerré entre mis brazos y ella me dejó hacer. Sentí su cuerpo duro contra el mío. Sus pechos no eran ninguna quimera, sino que eran sólidos como una roca y sus aguzadas puntas se clavaron en el mío como dardos.

—Te echaré de menos —dije.

Y no mentía.

—Hay muchas estrellas esperándote para que las saques de

apuros, Brady…

—No de esta clase de apuros.

Atrapé su boca y al fin supe a qué sabía su plenitud, su aliento llameante, su lengua tibia y el ansia que podía ocultarse debajo de un uniforme blanco.

Se enroscó prácticamente a mí, sin inhibiciones, sin reservas. Era una chica que cuando hacía algo, fuera lo que fuera, lo hacía total y absolutamente. Sentirla vibrar entre las manos, absorber el raudal de su fuego en mi boca, era como regresar a los albores del tiempo.

Cuando la aparté de mí con suavidad susurró:

—Mañana noche, Brady…

—Tenías un compromiso, ¿recuerdas?

—¡Al diablo los compromisos! ¿Quién se acuerda de ellos?

—Entonces, mañana noche.

Oímos los pasos al otro lado de la puerta. Se apartó de mí luchando por poner un poco de orden a sus cabellos y a sus ropas. Lo malo fue que quiso hacerlo todo a la vez y el hombre que abrió sin llamar la atrapó en el intento. Le dirigió una mirada furibunda y luego estalló:

—McShane, para estas cosas no necesita hacerse llevar al hospital…

Me quedé helado.

—Bueno, señor Allen. ¿Cómo está usted?

Fue un saludo idiota, pero ver a la cabeza pensante de la *Mundial Corp.*, en mi cuarto del hospital me había desbordado.

—¿Le importaría dejarnos solos? —Ladró, dirigiéndose a Zita.

La pelirroja se escurrió por la puerta y desapareció.

El gran tótem de la Industria Cinematográfica resopló.

—¿Es que usted no piensa más que en acostarse con la primera golfa que le sale al paso, McShane?

—Le aseguro que no me acosté con nadie aquí. ¿Ha venido a interesarse por mi salud? Estoy muy…

—¡Al infierno con su salud! ¿Cree que tengo tiempo para desperdiciarlo con usted?

—Espléndido, ahora habla un idioma que yo entiendo.

—Quiero hablar con usted. Me gustaría mucho saber qué infiernos está pasando bajo mi propia nariz.

—No sé de qué me habla.

—¿No ha leído el periódico esta mañana?

—No, señor.

Se sacó uno del bolsillo. Era sólo una página. Debía haber tirado todo el resto a la basura. Un gran titular anunciaba el suicidio de Loreta Lamour, una de las estrellas exclusivas de la Mundial. Se había embuchado un frasco de barbitúricos y adiós.

—Lo siento —dije—. Era una gran chica.

—¡Qué chica ni qué…! Era una inversión de cinco millones de dólares.

—¿Cómo dice?

—Lo que llevábamos invertido en su última película. Ahora —añadió con amargura—, podemos tirar el celuloide a la basura. No había rodada ni la mitad.

—Ya veo.

—¿Hemos de continuar hablando aquí? Este lugar es deprimente.

—¿Qué sugiere usted?

Soltó un bufido y salió como si marcara el paso. Le seguía hasta el vestíbulo, donde firmé los papeles que la encargada del servicio tenía preparados. Luego me encontré en la calle y el sol me cegó, llenándome de calor.

Bartlet Allen hizo un gesto de impaciencia, señalándome su enorme *Lincoln Continental*, cuyo chófer sostenía la portezuela abierta.

Entre en el brillante acorazado. El buitre de la industria gruñó:

—A

Joyce's.

El coche rodó silencioso como un fantasma. El chofer aceleró y en unos segundos estaba saltándose todas las normas de circulación relativas a velocidad permitida.

—Estoy hambriento —confesó el gran Allen—. Los disgustos me abren el apetito. Eso es fatal para mi úlcera… ¡Maldita sea, McShane, es la segunda estrella que perdemos en unos días! ¿Qué pasó realmente con la Benedict y usted? No toda esa basura de los periódicos. La verdad.

—No creo que hayan ocultado nada sustancial —dije de mal talante—. Pero Shirley no se suicidó, de modo que no veo qué relación ve usted en los dos casos.

—Cuénteme.

Le referí con detalle lo sucedido. Desde que Shirley Benedict me había llamado por teléfono, hasta que la encontré despatarrada en el salón. Lo único que le gustó de todo aquello fue la manera cómo había tratado al asesino.

—Eso es lo bueno de usted, McShane —rechinó entre dientes—. Es una mala bestia cuando debe serlo…

—Gracias.

Reflexionó un poco. Pareció titubear. Al fin gruñó:

—Veinticinco mil dólares.

—¿Qué?

—Veinticinco mil dólares para usted si averigua quién impulsó al suicidio a Loreta Lamour. Y quiero que revolotee todo el tiempo en torno a nuestras estrellas. Hombres y mujeres, todos. ¿Entiende? Ocurre algo raro y quiero saber qué es. Están nerviosos la mayoría. Los directores se quejan de que hay que repetir decenas de «tomas» para sacar una aprovechable. Los presupuestos se hacen añicos con los retrasos… ¡El infierno!

Calló, jadeando. Era un individuo grande en todos los sentidos. Había levantado una empresa colosal partiendo de cero, y era fama en el ambiente que no se detenía ante nada. Pero también estaba comprobado que jamás dejaba a nadie en la estacada.

Pensé en Laurie.

—¿Alguien más que tenga un nombre concreto le preocupa? —indagué.

—No. Es algo que flota en la atmósfera. Usted conoce bien lo que es la producción de filmes y series para televisión. Una condenada máquina que funciona el minuto. Si algo falla, un río de dólares se esfuma en la alcantarilla.

—Haré lo que pueda.

Un guardia, en una esquina, se quedó gesticulando y soplando el silbato cuando el chofer despreció olímpicamente el disco rojo y aceleró.

El coche dejó atrás la ciudad. Quince minutos más tarde se detenía delante de la dorada marquesina de uno de los lugares más caros, más sofisticados, más confortables de todo el país.

Pertenecía a una dama llamada Joyce. Nadie sabía su nombre completo y maldito si eso importaba cuando se la veía. Poseía todo

lo que una mujer necesita para que el mundo gire al revés, y sabía cómo realzarlo sin alardes de mal gusto. Tenía clase, talento, y relaciones en las más altas esferas de todos los ramos, desde la política a la *mafia*, desde la Industria a los más sonados nombres de la sociedad holgazana que llenaba las páginas de todas las revistas del mundo.

También tenía fama, y bien sanada, de regentar la cocina más exquisita que no pudiera siquiera imaginar.

Salió al encuentro del gran buitre con una sonrisa deslumbrante. Le tendió ambas manos como si hubiera estado esperando la visita de Allen desde sus tiempos de colegiala.

—¡Bartlet, querido! —Runruneó—. ¿No es maravilloso? Hacía siglos que no se acordaba de mí…

—Nadie puede ser tan idiota de no recordarte, Joyce.

Pero paso doce horas cada día en el despacho, y después… Bueno, ya sabes. ¿Conoces a McShane?

Parpadeó hacia mí. Su sonrisa no tuvo tantos kilates como la anterior, pero sus ojos se achicaron con una mirada llena de calor.

—Por supuesto. Leí sobre ti en los periódicos, Brady, querido…

Estrujó mi mano entre las suyas sin dejar de mirarme fijamente. Sus dedos eran expertos en transmitir mensajes, y el que capté en los míos era de los que quedan automáticamente censurados si alguien se atreve a escribirlos.

—Te ves preciosa, Joyce —balbucié.

—¡Debió ser espantoso…! —susurró—. ¿De veras estás bien?

Le hice una mueca.

—Aún no he tenido ocasión de comprobarlo.

Volvió a sonreírme. No soltó mi mano cuando nos hizo atravesar el pequeño bar rumbo al discreto salón reservado a los que en todas partes son considerados como *élite*. Por supuesto que eso no rezaba conmigo.

Mientras sorteábamos mesas vacías comentó:

—Tú sí que hacía siglos que no venías, Brady. Y no creo que tengas la excusa del querido Bartlet… no creeré nunca que te encierres doce horas diarias en tu oficina…

—Joyce, cariño, si yo frecuentara este lugar, no me quedaría dinero suficiente ni para los impuestos.

Rió de aquella manera que parecía el rumor del mar y nos

destinó una mesa pegada a la balaustrada, debajo de la cual las olas se estrellaban, reventando en blanca espuma.

Una brisa suave, cargada del aroma salobre del océano, llegaba casi de puntillas a la terraza cubierta. El sol arrancaba chispas de oro de la superficie quieta del agua.

Joyce soltó mi mano al fin y anunció que enviaría a un *maître*.

Allen rezongó:

—A veces pienso que habría que hacer algo con esta mujer. Me quita el sueño por las noches.

—Acuérdese de su úlcera.

Me miró de mala manera. Luego sonrió.

—Oiga, McShane, en confianza, ¿usted y ella… no…?

—No.

—Bueno, no lo tome por la tremenda.

—¿Hablamos de negocios, señor?

—Primero la comida. Ya habrá tiempo de estropearla después.

Así que nos dimos un banquete exquisito, regado con los mejores vinos franceses, en los que Allen era un experto. Sólo imaginar lo que aquello iba a costar casi me cortó la digestión, a pesar de no tener que pagarlo yo.

El camarero trajo cafés y botellas de licor, que abandonó sobre la mesa. Los cafés y los licores eran obsequio de Joyce.

Allen encendió un cigarro descomunal. Luego, hablamos de negocios.

Cuando mi anfitrión dio por terminado el tema «negocios», me pregunté si para no decirme nada concreto era tan importante haberme traído a ese palacio de la buena mesa.

—Total —dije, sirviéndome otra dosis de coñac francés—, que todo lo que usted sabe es que algunas estrellas, hombres y mujeres, están nerviosos, no atinan con su trabajo y la producción se encarece…

—¡Con un demonio! Usted lleva bastante tiempo metido en este negocio para saber cómo funciona la industria. Están golpeándome duro, y donde más me duele, el bolsillo, así que gánese el dinero, McShane. Veinticinco mil dólares significan mucho tiempo. Algo impulsó a Loreta Lamour a suicidarse. Eso me cuesta millones, y los accionistas van a ahogarse pidiendo mi cabeza. Quiero saber por qué me hizo esa faena, y si hay un responsable quiero que me lo

traiga usted aunque sea a rastras.

Así quedó el asunto. El gran buitre quería una cosa, y la quería pronto. Era así.

De pronto le espeté:

—¿Que me dice de Laurie Revere? Ella también pertenece a su productora, señor Allen. ¿Tiene problemas?

—¿Laurie? No comprendo por qué cree usted que los tiene. Oiga, McShane, ¿es que ya sabe algo concreto de todo este endiablado asunto?

—Nada, palabra de honor. Pero conozco a Laurie hace mucho tiempo. Por eso mencioné su nombre.

—Bueno, no creo que provoque más problemas que los demás. Ocúpese de averiguarlo.

Eso selló la entrevista. Todo lo que saqué de ella fue una comida de primerísima clase, buenos licores, y muchos problemas que quedaban en el aire, porque era incuestionable que las dos estrellas muertas habían pertenecido a la Mundial, que Laurie Revere era también una estrella contratada por esa productora…

Tuve el presentimiento de que se avecinaban malos tiempos para la úlcera del gran Bartlet Allen…

CAPÍTULO IV

Llegué a la residencia de Laurie cuando el sol jugaba con las sombras del crepúsculo. Había sido un día caliente como el infierno y la ligera brisa que se deslizaba entre los árboles resultaba un consuelo para los tipos que, como yo, estaban obligados a moverse de un lado a otro, después de la estancia en el hospital y de la dificultosa digestión del banquete del mediodía.

Era una buena casa, con un buen jardín y un gran garaje, pero no era la clase de palacio que acostumbran adquirir las estrellas cuando llegan a la cumbre, tal vez fuera porque Laurie Revere era recién llegada al estrellato.

Me franqueó la puerta una sirvienta negra. Era joven, curvilínea, con un gran trasero y un gran busto, y una cara bonita en la que brillaban unos ojos vivarachos y unos dientes blanquísimos.

—Soy McShane. Laurie está esperándome.

—Sí, señor. Por aquí, si es tan amable.

Fui tan amable y la seguí hacia un solárium que estaba quedándose sin su elemento principal. Laurie estaba tendida allí, con un «dos piezas» inverosímil.

Antes que me diera cuenta, la sirvienta se había esfumado.

—Siéntate donde quieras, Brady, cariño…

—No es que yo me asombré de nada a estas alturas —dije, cauteloso—. He vivido mucho tiempo en este manicomio para asombrarme, sin embargo, dime una cosa, querida… ¿Ese bikini, es para impresionarme, o de veras crees que estás tomando el sol, cuando ya se ha ocultado?

Ladeó la cabeza. Lenta, perezosamente. Sonrió más perezosamente.

—¿Te impresiona el bikini, por lo menos?

—Pues no.

—Ya lo imaginaba. Eres un avefría, todo corazón.

—Eso si es verdad.

—Se volvió, mirándome. Quedó apoyada sobre un codo sobre el colchón de colorines.

—Brady —runruneó como masticando las palabras—, eres un hijo de perra.

—Gracias. ¿Olvidas que vine para ayudarte?

—¡Un hijo de perra retorcido y traicionero!

—Sigue, no te detengas ahora.

—Oí decir esta tarde que estuviste reunido con el gran sapo, que comiste en su compañía…

—¿Con el…? Oh, te refieres al señor Allen.

—Sí.

—Fue una excelente comida, ya lo creo. ¿Y porque comí como un rey soy un hijo de perra?

—¿Qué le dijiste? Corriste a contarle lo que yo te confié, supongo.

—Nena, tienes los sesos de un mosquito en el cuerpo de una walkiria. Creo que me iré. Es peligroso tratar de ayudarte.

Me levanté del almohadón en que me dejara caer a mi llegada. Ella redondeó los ojos.

—¿Adónde crees que vas? ¡Siéntate, maldito seas!

—Mi día de encajar insultos es el viernes, y hoy es martes si no ando equivocado. Adiós, preciosa.

Eché a andar hacia la cristalera que comunicaba con la casa.

Detrás de mi escuché una especie de rugido. Después, ella chilló:

—¡Párate ahí, Brady!

No me paré. Pero entonces dijo:

—¡Vuélvete por lo menos, idiota!

Yo tengo mi orgullo, como todo quisque. No iba a obedecer las ventoleras de todas las mujeres histéricas que se cruzaban en mi vida. De modo que no me volví. Bueno, no del todo, quiero decir. Sólo ladeé la cabeza y la miré.

¿Orgullo?

¡Un demonio!

Giré como una peonza y creí que los ojos iban a caerme al suelo.

Laurie continuaba tendida tal como la dejara, sólo que ya no llevaba el bikini. No llevaba más que sus dos aretes de oro colgando de las orejas.

—Ven aquí, Brady, cariño —runruneó.

—No puedes tratar a un hombre a patadas y luego…

—¿No quieres acercarte?

—¡Claro que quiero!

Troté hacia ella y volví a hundirme en aquel almohadón, o lo que demonios fuera.

—Perdóname —lloriqueó—. Pensé que… que tú y Allen… que le habías dicho…

—Hablamos de negocios, sólo eso.

—He sido injusta contigo, ¿no es cierto?

—Muy injusta.

—Te compensaré.

—Eso espero.

Tendió los brazos, enroscándolos en mi nuca. Eran unos brazos tenues, cálidos. Me envolvió el aroma de su cuerpo y no necesitó tirar de mí porque la atrapé entre mis manos y todo lo que fuera suavidad se fue al demonio cuando la estrujé contra mi cuerpo.

Gimió arrulladoramente. Luego sus labios ya no pudieron ni suspirar porque estaban en mi boca, y lo que sucedía entre las dos bocas no admitía paliativos. Era o todo o nada.

Su piel tersa, de terciopelo, vibraba en mis manos a medida que la acariciaba. Ya no pensaba que el sol había desaparecido, porque la temperatura ambiente había subido hasta el punto de ebullición. Sentí sus pechos barrenar contra el mío, y en mis dedos la seda de sus más recónditos secretos.

—¡Oh, Brady…! —jadeó.

—La sirvienta…

—No vendrá. Ámame, sólo eso.

Se relajó de pronto, echándose atrás, extendida sobre aquella cosa de colorines, como una ofrenda dorada, palpitante, lista para el sacrificio. Sólo que no era ningún sacrificio para ninguno de los dos.

—¿No te cansas de mirarme así? —susurró—. Tienes esa mirada hambrienta…

—No lo sabes bien.

—Entonces, cómeme. Sacia tu hambre, cariño…

Me di prisa en quitarme esto y aquello, sólo para estar a la par con ella. Luego, ella lanzó un quejido y sus uñas se hundieron en mi espalda mientras la creciente oscuridad parecía estallar en oleadas

de placer. Ya no pudo volver a gritar porque su boca estaba muy ocupada en otros menesteres.

Y lo estuvo mucho tiempo aún. Su boca, su cuerpo, hasta sus uñas, que dejaron surcos en mi espalda sin respetar que yo era un pobre convaleciente.

Hasta que un siglo más tarde jadeó:

—Ya es de noche, querido.

—¿Y…?

—Quizá si te levantaras de ahí pudieras preparar algo de beber.

—Déjame pensarlo con calma.

Esperó. Esperó tanto tiempo que cuando quisimos darnos cuenta sus uñas volvían al frenesí de las otras veces, y el torbellino volvía a desencadenarse igual que si recién entonces se iniciara el combate.

Hubo otro largo silencio cuando la calma renació, estábamos juntos en la oscuridad y nuestras respiraciones agitadas fueron lo único que se escuchó durante largo tiempo.

—¿Y bien, ya me perdonaste? —Runruneó.

—¿Había algo que perdonar?

—Eres un encanto. Y lo serás todavía más si te apartas de ahí y preparas algo de beber. Me siento igual que si me hubieran pasado por una máquina de trinchar carne…

—Eso debería decirlo yo, que soy quién acaba de salir del hospital.

Pero fui en busca de bebidas, para lo cual hube de encender algunas luces.

La majestuosa belleza de su cuerpo resplandecía cuando le llevé un vaso. Bebimos en silencio. Luego vinieron los detalles sórdidos del caso, como vestirse y esas cosas. Para ella fue fácil, porque colocarse aquellos dos sellos de correos sobre sus curvas le llevó el tiempo de un suspiro.

—Quédate aquí —dijo—. Voy a empolvarme la nariz y hablaremos de negocios, querido…

Encendí un cigarrillo. La herida me dolía, lo cual demostraba que yo no estaba aún en plena forma.

Andaba con el segundo cigarrillo cuando un teléfono sonó en alguna parte.

Seguí esperando. Acababa de encender el tercer cigarrillo y comenzaba a pensar si Laurie se habría olvidado de mí, cuando

apareció.

Se había envuelto en una suerte de túnica color esmeralda, con bordados de oro aquí y allá. Era una visión reconfortante.

Lo era si uno no advertía el terror en su cara.

—¿Qué diablos te pasa? —dije, levantándome de un salto.

—El teléfono…

Creí comprender.

—Otra amenaza, ¿eh?

Sacudió la cabeza.

—Quería decírtelo antes… Me dijeron que ya no habían más aplazamientos. Esta noche me dirían cómo pagar los cincuenta mil dólares.

—¿Y acaban de decírtelo?

—Sí… O no, mejor dicho. No debo ir a ningún sitio. Alguien viene a buscarlos.

Eso resultaba absurdo, delirante.

—¿Quieres decir que el chantajista viene a cobrar los cincuenta mil dólares…, «aquí»?

Asintió con un gesto.

—No lo creo. Nadie puede ser tan idiota.

Me miró angustiada.

—Lo tienen todo pensado, Brady —jadeó—. Acaban de advertirme… si pongo dificultades al «cobrador», mañana entregarán lo que tienen en todas las redacciones de periódicos y revistas…

—Ya veo. ¿Tienes el dinero preparado?

—Sí.

—¿Y vas a pagar?

—¿Puedo hacer otra cosa?

—Tú sabrás. Eso es sólo el principio.

Soltó un quejido y dejándose caer en la tumbona suspiró:

—Quizá no, Brady… quizá se conformen con eso.

—Es tu dinero, querida.

Levantó la mirada. Había un miedo cerval en ella.

No pude contenerme y le espeté:

—¡Maldita sea. Laurie! ¿Qué pasó en Acapulco? Confía en mí y tal vez pueda ayudarte.

Sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No —dijo—. Prefiero pagar.

—Hasta que te hayan sangrado…

No replicó.

Apuré el cigarrillo y encendí otro. Algo estaba dando vueltas en mi cabeza, algo capaz de hacer que me saliera humo de los sesos.

—Escucha un momento, nena —dije, vacilando aún—. Quizá la cosa no sea sólo un simple chantaje. ¿Recuerdas que Shirley Benedict me llamó? Pidió ayuda, lo mismo que hiciste tú. Y ahora está muerta… ¿Y Loreta Lamour? Se suicidó. Piénsalo. Es posible que a ellas también estuvieran exprimiéndolas. Loreta prefirió acabar de una vez. Shirley pidió ayuda, y debió cometer alguna indiscreción. Quizá les amenazó con eso. ¿Te das cuenta?

Estaba blanca como la cal.

No replicó, pero yo no esperaba que lo hiciera. Seguía pensando y pensando, y unas cosas y otras tornaban cuerpo si las unía con las inquietudes de Bartlet Allen.

Un chantaje a gran escala, y ejercido sobre las gentes más vulnerables del mundo. Los actores y actrices cuya popularidad depende por entero de su fachada, de la credibilidad del público. Y, por añadidura, podridos de dinero.

—Eso nos lleva a otra cuestión —dije en voz alta, mientras ella me miraba desesperanzada—. Se han cebado sobre el plantel de estrellas de la Mundial. ¿Por qué? ¿Cómo han logrado averiguar los trapos sucios de cada uno?

Se encogió de hombros. Parecía ausente, al borde del desmayo.

—¿Qué quieres que haga? —le pregunté de mal talante.

—Nada, Brady. Pero gracias por intentarlo.

—Puedo machacar al hijo de perra que se presente aquí, y obligarle a…

Ella estaba negando con grandes gestos.

—¿Estás loco? Sería el fin de mi carrera… me harían pedazos. No, querido, prefiero pagar.

—Está bien, al diablo contigo. Cuando te hayan sacado hasta el último centavo, cuando estés en medio de la calle, ya me dirás de qué te servirá mantener secreto lo que sea que ocultas.

—Vete —susurró—. Vete ahora… antes de que él llegue.

Asentí y me largué.

Aunque no fui muy lejos.

CAPÍTULO V

El tipo salió, orondo y satisfecho, con sus cincuenta mil pavos en el bolsillo. Le vi subir a su coche y emprender la marcha sin ninguna prisa. Era un fulano alto y recio como una montaña al que apenas si pude verle la cara.

Conduje tras él a prudente distancia. Su coche era un *Buick* negro, grande y sin nada llamativo. En todo el trayecto no dio muestras de preocuparse ante la posibilidad de ser seguido.

Luego estacionó en una esquina, cerró las puertas del coche comprobando que quedaban aseguradas, y echó a andar por la acera. Un mastodonte de dos metros de alto y casi uno de ancho.

Se detuvo delante de un edificio de tres plantas, sacó una llave del bolsillo y abriendo la puerta de la calle desapareció.

Esperé unos segundos y di un vistazo a los buzones.

Había seis, correspondientes a otros tantos apartamentos. Era imposible saber en cuál había recalado el angelito, aunque eso quizá tuviera arreglo.

Regresé a donde dejara el coche y busqué la licencia. Estaba a nombre de Jack Haven, y ése era uno de los nombres de aquellos buzones que había visto antes.

La cosa continuaba sin tener sentido. Tomé mi propio auto y me largué al diablo. Me sentía hecho migas en ese mi primer día de andar suelto fuera del hospital. Pensé que a la noche siguiente me esperaba otra sesión con mi pelirroja enfermera y casi me entraron escalofríos.

Así que me acosté y quedé dormido al instante.

No desperté hasta que el sol me pegó en la cara. Iba a ser otro día de calor endiablado.

Acababa de preparar el café cuando sonó el teléfono.

Era el gran buitre.

—¿McShane? —Ladró cómo tenía por costumbre—. ¿Qué opina

de la noticia?

—¿Qué noticia?

—¡Maldita sea! ¿No ha visto los periódicos?

—Todavía no.

Oí un bufido y durante un par de segundos reinó el silencio. Debía estar subiéndose por las paredes.

—Empiezo a creer que no está usted haciendo nada para ganarse mi dinero, McShane —soltó a gritos—. Bárbara Green ha muerto.

—¿Cómo?

—Barbitúricos.

—Lo clásico en estos casos.

—¿Qué?

—Oiga, señor Allen, Bárbara Green no pertenecía a su productora. ¿O sí?

—¡No, maldita sea! Pero es otra formidable estrella que elige el sueño eterno. ¿Quiere empezar a moverse y hacer algo?

—Lo crea usted o no, estoy haciéndolo. Ya le informaré.

—¡Oiga…!

Colgué y me tomé el café antes que se enfriara demasiado.

Estuve pensando en Laurie y el gigantesco recaudador. Era la primera vez, que yo supiera, que un chantajista actuaba a cara descubierta.

Salí y compré los diarios de la mañana. En todos ellos campeaba la noticia en grandes titulares, adornada con fotografías de la hermosa Bárbara Green, una de las estrellas que estaban en el candelero del éxito y la popularidad.

Había rebuscadas biografías de la muerta, reseñas de sus películas y seriales de televisión; una lista de los que fueron sus maridos, cinco en total. Se había divorciado del último hacía apenas tres meses.

En cuanto a su muerte, y dejando aparte las morbosas fotos de costumbre, no había otra información que la escueta nota de la policía. Muerte por ingestión de barbitúricos.

De lo que pudo impulsarla a quitarse la vida, no había nada. Ni una palabra. Tenía dinero, éxito, popularidad, y disfrutaba de la vida sin importarle demasiado lo que le costara. Cambiaba de marido como de zapatos, y de vez en cuando, también para sostener el tipo, daba algún que otro escándalo.

Nada que asombrara en un manicomio como Hollywood.

Conduje el *Corvette* hasta las inmediaciones de la casa de tres plantas. Entré en un bar, pedí café y me encerré en la cabina telefónica. El tal Jack Haven tenía teléfono, así que disqué el número y esperé mientras cerraba la guía.

No hubo respuesta. El tipo no estaba en casa.

Tomé el café, encendí un cigarrillo y me fui paseando hasta la casa. Durante el día la puerta de la calle estaba abierta, de modo que subí hasta el apartamento número cinco y, sólo para acabar de asegurarme, llamé a la puerta.

Tampoco hubo respuesta. Atisbé por el hueco de la escalera asegurándome también de que todo estaba tranquilo. Tras esto empecé a trabajar en la cerradura.

Vencerla fue un juego de niños.

El apartamento era pequeño y estaba desordenado y sucio. No había libros ni apenas objetos personales, por lo que deduje que se alquilaba amueblado, y que el inquilino actual debía llevar poco tiempo viviendo en semejante estercolero.

Inicié un registro concienzudo. Lo revisé todo, pulgada a pulgada. No encontré nada. Ni los cincuenta mil dólares de Laurie, ni la sombra de una prueba de chantaje.

Unicamente en el fondo de una maleta, hallé una caja de cartuchos del «45», lo cual indicaba a las claras que el fulano no confiaba sólo en sus gigantescos músculos. Habría que tenerlo muy en cuenta para el futuro.

Me disponía a salir cuando el teléfono rompió a sonar.

Titubeé un instante. Luego, descolgándolo, solté una especie de gruñido.

Una voz de mujer, chillona y aguda, crepitó a través del auricular.

—¡Ya era hora de que respondieras! —me increpó—. Te llamé anoche un millón de veces, mientras perdía el tiempo esperándote en The Cave. Sólo que tú no viniste. ¿Para qué ibas a venir? Sólo estuviste tomándome el pelo… ¡Vamos, di algo por lo menos!

Calló para tomar aliento. Yo gruñí:

—Tuve trabajo.

—¿Qué clase de trabajo? —se burló—. Tú no has trabajado en tu vida… ¡Si lo sabré yo! Pero ya me cansé de hacer la tonta,

¿comprendes? Esta noche volveré a The Cave a la misma hora en qué quedamos. Si a las once no has aparecido hemos terminado. ¿Te enteras? ¡Habremos terminado! ¿Qué te parece eso?

Solté otra suerte de ladrido que no me comprometía a nada y ella colgó de golpe.

Yo hice lo mismo y me largué del apartamento igual que había llegado: con las manos vacías.

Caminé hacia donde dejara el coche y por primera vez desde que me mordiera el plomo fui a dar un vistazo a mi oficina.

Sentado detrás de la mesa intenté reflexionar sobre todo el absurdo lío. Debía haber perdido la costumbre de hacerlo porque no saqué nada en claro.

Así que atrapé el voluminoso tomo de la guía telefónica de Los Ángeles y busqué aquel extraño nombre que la sirvienta de Shirley Benedict había pronunciado: Brangean.

No lo encontré. No había nadie llamado así en todo el mamotreto.

Sin embargo, recordaba muy bien que la pobre muchacha lo había pronunciado muy claro, pidiéndome de paso que lo matara también, como al pistolero que las había violado.

Lo dejé correr por el momento. No sirve de nada darse de cabeza contra las paredes.

La policía no me había devuelto el revólver todavía, de manera que abrí la caja fuerte empotrada en el muro y saqué una automática «Colt» de gran calibre. La cargué con cuidado, deslicé un cartucho en la recámara y con el nombre de Giro Matiella en la cabeza volví a la calle. Pensaba que el señor Matiella me debía una buena explicación, y para pedírsela era imprescindible tener un argumento sólido a mano, como una «45», por ejemplo…

CAPÍTULO VI

Girolamo Matiella era un individuo del tipo Rodolfo Valentino. Llevaba el cabello engomado y si uno se dejaba engañar por las apariencias creía que tenía delante un pisaverde sin sesos, nada más que fachada.

La realidad era muy otra y yo lo sabía bien.

Encontré a mi hombre en su oficina de la pequeña compañía de transportes que le servía de tapadera para sus trapicheos fuera de la ley. Había una secretaria que enseñaba los pechos y los muslos sentada detrás de una mesa desvencijada. También había una especie de secretario con un sospechoso bulto bajo la axila, que leía el periódico cuando llegué, y que lo dejó a un lado cuando me reconoció.

La secretaria siguió mostrándome el escote hasta el ombligo, y sonriéndome como si yo fuera el amor de su vida, después que expuse mis pretensiones. El secretario se levantó y desapareció más allá de una puerta.

—Le anunciaré —concedió la chica—. Aunque el señor Matiella está sumamente ocupado esta mañana.

—¿Destripando niños tal vez?

—¿Cómo dijo?

—Olvídelo, encanto. Sólo dígale que estoy aquí.

Lo hizo a través de un intercomunicador. La respuesta del jefe llegó envuelta en extraños ruidos y no entendí nada, pero ella debía ser más inteligente que yo, porque dijo, sin haber perdido su sonrisa:

—Dice que puede usted pasar, señor McShane. Ahí, esa puerta…

Señaló la misma por la que desapareciera el secretario.

La empujé y me colé dentro del despacho. Girolamo Matiella estaba sentado detrás de una vieja mesa cubierta de papeles. A su lado, de pie, se encontraba el secretario. Los dos me miraron muy

serios. Me acerqué a la mesa, tomé una silla y me senté antes de decir una palabra.

—Hola, Girolamo —dije entonces—. Tienes una monada sentada ahí fuera que debe dejar sin aliento a los clientes…

—Sé todo lo monada que es. Me acuesto con ella. ¿Qué quieres, McShane?

—Creo que lo correcto es darte el pésame, Giro. No pude venir antes y tú sabes por qué. Tu muchacho me envió al hospital.

El secretario rechinó los dientes.

—Debió haberle mandado al cementerio —dijo por su cuenta.

—Hizo lo que pudo para lograrlo, pero a mi entender no era tan bueno matando un hombre como a dos mujeres. Con ellas hizo un buen trabajo, ya lo creo que sí.

Matiella me fulminó con la mirada.

—Ya expliqué eso a la policía cuando estuvieron aquí, McShane —dijo con voz sorda—. Yo no controlo a todos mis empleados las veinticuatro horas del día. Si uno de ellos se desmanda es asunto suyo.

—De modo que aquel angelito era un simple empleado tuyo…

—Conducía uno de mis camiones.

—Cargado con un petardo del «45».

—¿Y qué con eso? Tampoco puedo saber lo que mi gente lleva en los bolsillos.

Le sonreí amablemente.

—Excelente, Matiella. Sólo que conmigo no cuela. Yo te conozco bien… ¿Lo olvidaste? Saqué a la luz tu biografía casi desde los tiempos en que andabas a gatas. Aunque no fue nada personal, hice un buen trabajo por cuenta de la comisión contra el crimen. De no haber sido por un juez senil con los sesos de un mosquito, aún estarías entre rejas.

—No lo he olvidado, McShane. Es un favor que algún día te pagaré.

—Quizá decidiste pagarme ya…

—¿Con ese inútil que mataste? No seas idiota. ¿Cómo podía saber que irías a aquella casa, precisamente en aquel momento? Aunque fue una estupidez de mi empleado. Tú le sorprendiste y él trató de zafarse a tiros, nada más que eso.

—Lo cual te deja limpio.

—Lo estoy. Así lo creyó la policía.

—Tal vez deseaban creerlo para evitarse quebraderos de cabeza. O quizá simularon creerte, para darte cuerda como suele decirse. Yo más bien creo otra cosa.

—Lo que tú creas me deja frío. Y si has terminado, levanta las posaderas de esta silla y lárgate, tengo trabajo.

—¿No quieres escuchar mi teoría?

—No quiero ni oír tu voz, McShane.

—No obstante, vas a escucharme un poco más aún. En aquella casa encontré a una mujer agonizando. No había muerto aun cuando entré. Tu «camionero» le había disparado a la barriga y eso es un trabajo chapucero y sucio. Quiero decir que la chica, incluso muriéndose, pudo hablar un poco.

—¿Y qué te contó?

—Por descontado, no mencionó tu nombre. Nadie menciona tu nombre en estos negocios porque debajo de ese fijador que llevas en el pelo tienes un buen cerebro. Pero sí me pidió algo. Cuando le dije que había matado al hombre que les hizo todo aquello, se alegró. Casi revivió. Pero entonces me dijo algo más… que buscara a otro fulano y lo matara también.

Eso le interesó. Vi el chispazo que cruzó por su mirada y controlándose a duras penas indagó:

—¿Te dijo el nombre del fulano?

—Seguro. ¿Y sabes una cosa, Matiella? Voy a hacerlo, aunque sólo sea por esa muchacha sacrificada. No tenía ni veinte años.

—¿Qué nombre pronunció?

—¿Por qué te interesa, si realmente no tienes nada que ver con lo sucedido?

—Tú empezaste el tema, no yo.

—Claro.

—¿Quieres largarte de una vez? O quizá prefieres que te echen a puntapiés, McShane.

—Ya me voy, no te pongas nervioso.

Me levanté de la silla. Me parece que yo estaba más nervioso que él.

El secretario parecía sumamente disgustado. Me miraba de mala manera, como preguntándose dónde clavaría su primera bala. Me dirigí a la puerta, pero antes de abrirla me volví y dije como final,

esperando que la cosa tuviera dinamita:

—Casi lo olvido. Matiella… Como yo imagino que estás detrás de lo que está pasando, supongo que estás preocupado por todas las defunciones que se producen casi a diario. Ahí es nada, ver cómo entierran una tras otra a tus clientas. Lo malo de eso es que si sigue así Hollywood va a quedarse sin nenas que desnudar en las pantallas, ¿eh, qué te parece?

Abrí la puerta. Vi el panorama de los muslos de la secretaria, y me disponía a cerrar a mis espaldas cuando el gran bastardo ladró a mis espaldas:

—¡Espera un minuto, McShane!

Me volví, con la puerta a medio cerrar.

El dijo:

—Sea lo que sea que te traes entre manos, procura mantenerte apartado de mí. Si tratas de involucrarme en cualquier lío, ya puedes empezar a preparar tu funeral. ¿Entendiste?

—Claro. Lo de costumbre. Otra cosa, ya que estamos en ello, Girolamo… Voy a ocuparme también de esa montaña de músculos que tienes paseándose de un lado a otro. Ya sabes, Haven.

Matiella sólo enarcó las cejas, pero el secretario no era tan buen actor y se puso rojo, para perder todo asomo de color.

Cerré suavemente la puerta y atisbé las profundidades del escote de la muchacha sentada allá fuera. Creo que se lo había abierto un poco más en mi obsequio, porque casi pude verle los pezones sin ningún esfuerzo.

Me detuve y chasqué la lengua.

—Eres todo un tipazo, corazón —dije sinceramente, meneando la cabeza—, sólo que te la estás jugando. Acostarse con un escorpión es una experiencia que siempre acaba de mala manera.

Me largué mientras ella me seguía con los ojos y la boca desmesuradamente abiertos.

Esperaba haber preocupado al engomado Matiella. El siguiente paso habría de darlo él y para entonces yo estaría preparado.

Por lo menos, eso esperaba. Si no era así, tal como Giro dijera, ya podía preparar mi funeral.

CAPÍTULO VII

Llamé a mi pelirroja enfermera y le dije que tenía un trabajo ineludible para esa noche.

—¿Con quién? —refunfuñó—. ¿No te gustan pelirrojas, Brady?

—Tú me alegras con sólo verte. Pero se trata de algo importante, no de una excusa. No sé a qué hora estaré libre.

—Bueno, a menos que sea endiabladamente tarde, llámame cuando termines.

—De acuerdo, lo haré, cariño.

Colgué el teléfono y me fui a The Cave.

Era una cueva, realmente, pero con una decoración de las que cuestan un río de oro. El ambiente era una mezcla de snobismo, despreocupación, *smoking* y trajes de noche, todo ello aderezado con algunos tipos salidos de las películas de gangsters de los años cuarenta.

Las chicas que servían las mesas llevaban un retal en torno a la cintura que no les llegaba siquiera a los muslos, y habían sido seleccionadas precisamente por esos muslos recios, cremosos y firmes, no por sus habilidades con el servicio. O quizá también influyera en su selección la agresividad descarada de sus pechos, que casi les escapaban de las martirizadas cárceles de lentejuelas en que intentaban encerrarlos.

Me acomodé a una mesa, una de las nenas vino trotando y me sonrió. No me fijé en su sonrisa. Había otras cosas más sólidas que ver, naturalmente.

Pedí un *whisky* y la chica se fue moviendo el trascrito con alegría. No tardó en regresar con el pedido. Volvió a sonreírme, y esta vez hube de fijarme en su sonrisa porque en medio de ella dijo:

—Dos dólares, caballero.

Pagué, sonrió, giró sobre sus pies y, moviéndose de aquella manera que encalabrinaba, se largó.

Yo no tenía ni idea de la identidad de la dama que iba a esperar a Jack Haven hasta las once, tal como vociferara por teléfono, pero cabía la posibilidad de que él acudiera de todos modos, ya que si había faltado a la cita anterior quizá deseara remediar el desaguisado.

Probé el *whisky*, y sólo cuando aquella especie de vitriolo ardió en mi barriga caí en la cuenta del robo que significaba pagar dos dólares por semejante veneno.

Lo dejé en la mesa y encendí un cigarrillo paseando la mirada por el local. Había poca luz, y gracias a ello las parejas podían dedicarse a audaces exploraciones anatómicas, sentadas en los cubículos del fondo.

Una orquesta trabajaba a destajo sobre una tarima, y algunos heroicos aficionados al baile se apretujaban en la pista. Por lo demás, aquello no se diferenciaba en nada de otros mil tugurios desperdigados por todas las ciudades del mundo.

De pronto localicé a una solitaria dama sentada a una mesa próxima a la pista. Era un ejemplar de grandes pechos, una alborotada cabellera rubia y ojos que miraban impacientes a la entrada.

Consulté el reloj. Faltaban quince minutos para las once.

Volví a interesarme por la rubia. Debido a la poca luz apenas si podía distinguir sus facciones, pero los volúmenes sí saltaban a la vista, y los pectorales eran de tamaño grande sin ninguna duda. Además, faltaban casi la totalidad delantera del vestido, así que apenas quedaba lugar para las dudas. No podía ver tampoco nada más del resto de su cuerpo, pero si era proporcionado a lo que sí veía pensé que debía parecerse a una walkiria revivida. Un tamaño muy apropiado para el gigante llamado Haven.

Esperé. El reloj señaló las once. Jack Haven no apareció.

Pasaron cinco minutos más. Diez. La walkiria rubia estaba dando muestras de una paciencia franciscana.

Si era ella, claro.

Lo era.

A las once y quince se levantó de golpe, como impulsada por un resorte. Lo hizo con tanta violencia que la silla salió disparada hacia atrás, aunque no le importó. Echó a andar hacia la salida moviendo aquel cuerpo grande, pero increíblemente bien proporcionado.

Fui tras ella abriéndome paso en medio de los bailarines. La alcancé en la acera, donde ella oteaba el horizonte en busca de un taxi.

—Tengo un coche en la esquina —dije—. Puedo llevarla a dónde desee.

Me miró de soslayo. No estaba de buen humor precisamente.

—Lárgate, enano. Contigo no tendría ni para empezar.

—Eso nunca se sabe. Pero de cualquier modo yo soy mejor que Jack Haven en muchos aspectos.

Se volvió, esta vez mirándome echando chispas.

—¿Qué sabes de ese hijo de perra? —barbotó.

—Sólo que no vendrá. Encontró a otra que le gusta más que tú.

Soltó tal taco que casi fundió la luz del farol.

—¿Cómo lo sabes? —bufó.

—Le vi anoche —y en eso no mentía—. Alardeó de lo muy mujer que era su nueva conquista comparada con el saco de huesos que había tenido hasta entonces. Debe andar mal de la vista porque yo no veo un solo hueso en tu cuerpo, cariño.

Estaba roja de ira. Sus pechos cremosos se estremecían a causa de la violenta respiración.

—¡El bastardo! —barbotó—. ¡El cochino hijo de una cerda! ¿Eso dijo?

Tenía un vocabulario muy gráfico.

Yo asentí.

—Riéndose —añadí—. Y déjame decirte que, ahora que te he visto, no comprendo qué pudo ver en la otra. No puede compararse a ti.

Por primera vez me prestó atención. Me miró de arriba abajo, y luego a la cara.

—Fijándome bien —murmuró—, no eres tan escuchimizado como había pensado… engañas. Pareces delgado, pero no lo eres… ¿Cómo te llamas?

—Brady.

—Yo, Bella. ¿Dónde está ese coche?

Echamos a andar hacia la esquina y ella se acomodó en el asiento sin haber despegado los labios.

Encendí el motor y la miré.

—¿Adónde quieres ir?

Se encogió de hombros.

—Me da igual. Mi apartamento, el tuyo… ¡qué más da!

Despegué con un millón de ideas zumbándome en la cabeza. Conduje sin prisas hacía mi guarida, porque si había algo que no deseaba, era que Haven llegara en cualquier momento esta noche. Y su apartamento sería al primer lugar al que iría el gigante…

Inesperadamente me espetó:

—¿Estás en lo mismo que él?

—Sólo esporádicamente. Yo trabajo de modo independiente.

Fue una buena respuesta que no comprometía a nada.

Por lo menos, la dejó satisfecha. Al cabo de un rato murmuró:

—Desde luego, no eres un pedazo de carne sin sesos como él. Tú tienes cerebro.

—Gracias, nena.

—¿Dijo que yo era un saco de huesos?

—Seguro, aunque pienso que lo dijo para impresionar a la otra. Jack no puede ser tan idiota. ¿O sí?

Casi escupió de desprecio.

—¿Idiota? —graznó—. Es un cretino. Sólo tiene una cosa buena, y no es el cerebro.

Quedé pensando en eso. Conduje por La Brea, dejando atrás el Sunset. Quince minutos más tarde introduje el coche en el aparcamiento y nos encaminamos a mi apartamento.

Ella miró en torno, admirada.

—Vives bien —comentó—. No eres un cualquiera.

Me echó los brazos al cuello y casi me levantó del suelo cuando me envolvió en ellos. Luego, su boca grande empezó a bucear en la mía, esparciendo llamas como un volcán en erupción.

Estaba a punto de pedir una tregua cuando me soltó. De modo descuidado me palmeó el costado.

—También llevas artillería, como él.

—Sólo como precaución.

—Sí, claro.

Yo volvía a tocar de pies al suelo, pero en mi boca aún ardía el súbito incendio. Sacudí la cabeza.

—¿Quieres beber algo?

—¿Tú qué crees? *Whisky* —dijo—. Y no lo estropees con agua.

Le serví una dosis capaz de tumbar un elefante. Lo hubo vaciado

casi antes de que escanciara el mío. Ni siquiera parpadeó.

Empecé a preocuparme cuando me tendió el vaso vacío.

Volví a servirle otra dosis mortal y sólo entonces nos sentamos en el diván. Ella apretó su muslo contra el mío.

—Nos llevaremos bien tú y yo —dijo—. Sobre todo, si le rompes un par de huesos a ese mastodonte cretino de Jack.

—Eso habrá que pensarlo con calma —dije con cautela.

—¿Por qué, le tienes miedo?

—A él, no.

—¿Entonces…?

Su muslo presionó un poco más, juguetonamente. Por poco no me arrojó fuera del diván.

—Temo a los que están detrás de él —dije.

—Ni Matiella ni Torio son sus niñeras. Si le partes la crisma por sí sera una cuestión personal entre tú y él.

Ya sabía seguro que el gigantón estaba en la nómina de Matiella. Eso ya era algo.

Sacudí la cabeza, como si dudara.

—Pueden tomarlo de otro modo —gruñí—. Jack Haven es un elemento valioso en su pandilla, aunque eso supongo que ya lo sabes.

—¡Qué valioso ni qué…! —resopló—. Le tienen en nómina porque es un saco de músculos sin sesos, un perro fiel si sabes lo que quiero decir. Le utilizan en todos los trabajos en que no se necesita pensar. El mismo Jackie lo reconoce y no le importa con tal de que le paguen.

—Ya veo. ¿En qué le ocupan últimamente?

—No lo sé. Y al demonio con él. Por mí pueden colgarlo.

Vació el segundo vaso y chascó la lengua. Ni siquiera parpadeó cuando aquella enorme cantidad de *whisky* se deslizó por su garganta.

Dejó el vaso, se volvió hacia mí y me atrapó.

Fue lo mismo que ser engullido por un pulpo gigante.

Bella era una mujer sin inhibiciones, apasionada y retozona. Sentí primero sus labios y las llamas volvieron a rugir en mi boca. Después, sus manos entraron en acción, y eran unas manos expertas, ágiles y audaces.

Casi me derribó de espaldas, mientras sus duras cumbres

pectorales me ahogaban. Tardé una eternidad antes de volver a flote, y para entonces ella se apartó, levantándose. Tenía los ojos brillantes y sus labios rojos temblaban.

—Me gustas —susurró—. Ahora me alegro de haber terminado con el orangután de Jackie.

Se llevó las manos a la espalda, mientras yo recobraba el aliento con dificultad.

—Espera un minuto —jadeé—. Estoy pensando en Haven…

—Pues sí que eliges un buen momento para eso.

El vestido se deslizó hasta sus pies. Su cuerpo de walkiria impresionante apareció en toda su magnitud. Me quedé sin aliento, viéndola cubierta sólo por aquellas dos pequeñas cosas arriba y abajo.

—No entiendes —boqueé—. Estoy dispuesto a romperle un par de costillas a Haven, pero quiero pillarlo a solas. No en su apartamento, ya sabes…

El sujetador negro salió volando. Creí que acabaría colgado de la lámpara, pero planeó desangelado y desapareció más allá de una butaca.

—No te entiendo —runruneó, llevándose las manos a las caderas.

—En su apartamento pueden sorprendernos sus compinches. ¿Dónde le puedo cazar a solas? Tú debes saberlo. ¿Tiene algún refugio privado o algo así?

Se agachó para librarse del diminuto triángulo y luego se irguió, gloriosamente desnuda. Donde antes hubiera el triángulo negro de encajes, lucía ahora otro más pequeño y natural.

Yo no había visto en mi vida una mujer tan enorme, y al mismo tiempo tan espléndidamente proporcionada.

Tendió los brazos y se puso en marcha hacia mí.

—A veces se queda en la trasera del
Macy’s…
y basta de eso. Te voy a tener ocupado en otras cosas que en hablar…

No sé qué me asaltó primero, si sus brazos tendidos, o las agudas puntas rosadas de sus senos. Aquella masa me envolvió como una marea de carne y el mundo empezó a dar vueltas a mi alrededor. Me agarré donde pude, ella lanzó un grito y lo demás fue el delirio.

Pensé confusamente que después de semejante combate habrían de ingresarme de nuevo en el hospital. Luego, ya no pude ni pensar.

CAPÍTULO VIII

Me arrastré por la alfombra hasta donde estaban mis ropas. Busqué los cigarrillos y encendí uno, mientras intentaba recordar si me habían pasado por una máquina de trinchar carne, o sólo me había pisoteado un elefante.

Ella respiraba pausada y tranquila, la cabeza apoyada en un almohadón. Tenía los ojos cerrados, y por primera vez desde que la conocía se mostraba relajada, pacífica y satisfecha.

Tan satisfecha como el gato que acaba de zamparse el canario.

La recorrí con la mirada una vez más. Era sencillamente impresionante.

La voz desde el umbral cacareó:

—¡Cuernos, qué cuadro, Stark!

Me volví, aún sentado en la alfombra. Vi a los dos tipos y sólo pude fijarme en sus manos. Empuñaban pistolas equipadas con silenciadores y no podían apartar sus ojos desorbitados del gran cuerpo de Bella, que empezaba a incorporarse. Quedó sentada en la alfombra, fulminándoles con la mirada.

—¿Quiénes son esos monos, Brady? —barbotó.

—No lo sé. Quizá se presenten ellos mismos.

El que hablara antes dijo:

—No te levantes, encanto. Así estás bien. Stark, creo que nos quedaremos un rato.

—Seguro, Willy —gorjeó el otro, los ojos saltándole de la cara—. No me perdería una yegua como ésa por nada del mundo.

—Pero antes tenemos que arreglar al tipejo.

—Vuélale los sesos y ya está. A eso hemos venido después de todo.

—Ensuciará la alfombra, y ¿cómo vamos a revolearnos por encima de sus sesos?

—Tienen razón, sácalo de aquí y despáchalo mientras yo vigilo a

ese monumento.

No me moví, buscando desesperadamente una salida. Matiella había decidido saldar su cuenta sin la menor duda, y justo en un momento en que yo estaba desarbolado.

El fulano maneó la pistola.

—Ya lo oíste, elige el lugar donde quieres reventar, McShane. ¿Quieres que te lleve a la cama?

Se rió, satisfecho de su sentido del humor.

Yo no me reí. No quería reventar en ningún lado.

—Vamos, arriba, McShane, no nos hagas perder tiempo.

La ira casi me impedía pensar. Luego, de pronto, me calmé.

—No quiero morir desnudo —dije—. Es… es algo sucio.

Se echaron a reír. El tal Willy señaló mis ropas con el cañón de su petardo.

—Ponte los pantalones, pero nada más. No tenemos toda la noche.

—Está bien…

Me arrastré de nuevo hacía mis ropas. Revolví en ellas para separar los pantalones del resto, sólo que mis dedos se cerraron en la culata de la pistola y, sin sacarla de entre el revoltijo, disparé.

Sonó el cañonazo entre las paredes. Willy giró, gritando. El otro, Stark, se ladeó tensando el dedo en el gatillo. Perdió tal vez un segundo mientras intentaba asimilar lo sucedido. Ese segundo significó su muerte, porque mi segunda bala le entró por encima del puente de la nariz y la mitad de su cabeza voló por los aires.

Bella chillaba como una loca. Willy estaba caído de bruces, un poco encorvado, con las manos agarrotadas en el estómago. Empezó a vomitar y puso perdida la alfombra, como si no estuviera ya bastante sucia de sangre y sesos.

—¡Cállate de una maldita vez! —chillé.

La chica quedó muda, mirándome espantada. Yo debía ser todo un espectáculo, desnudo como un gusano y con una «45» en la mano, en medio de un hombre muerto y otro que se moría a chorros.

Me acerqué a éste, mientras se oían voces en el edificio.

—¿Cuál era la gran idea, despacharme? —le espeté.

Me miró de reojo, boqueando. Pareció que iba a responder, pero entonces sus ojos se desorbitaron todavía más, hasta casi alcanzar el

blanco absoluto, y se relajó con un violento estremecimiento.

—Vístete —dije—. Saldrás de aquí antes de que te veas envuelta en este lío.

—¿Y tú?

—Llamaré a la policía.

—¿A los polis? Debes estar loco. Te freirán.

—Ya me ocuparé de eso. Date prisa.

Afortunadamente no tenía mucho que ponerse. Se hubo vestido en un santiamén. La llevé a la salida de escape, le di una palmada en las nalgas cuando salió y luego la perdí de vista en la oscuridad.

Tras esto llamé a la policía, pidiendo que me comunicaran con el teniente Craine.

CAPÍTULO IX

—No me dirá que tampoco esta vez sabía quiénes eran esos dos tipos —rezongó Craine.

Su gente se había adueñado del apartamento. Estallaban los chispazos de los fotógrafos aquí y allá y todo era confusión.

—Ellos mismos se presentaron. Gentes de Matiella —dije, encendiendo un cigarrillo.

—Como el otro a quien mató…

—Aquello fue accidental. Esto no. Vinieron a por mi pellejo.

Cabeceó, disgustado.

Me fui a la ventana y esperé a que terminasen. La ciudad se extendía, inmensa, como una explosión de chispas de luz que se desparramaran hasta el infinito.

La llegada del médico forense animó un poco la fiesta. Luego, se llevaron los cadáveres y minutos más tarde la mayoría de policías, peritos y fotógrafos se habían largado.

Sólo quedaron el teniente Craine y su inseparable sargento Lansing.

—¿Le dijeron ellos que les pagaba Matiella?

Miré al sargento. El tipo me fastidiaba.

—Eran torpes, pero no hasta ese extremo. Dijeron que venían a despacharme. Y yo le había soplado las orejas a Matiella esta tarde pasada. No había más que sumar dos y dos.

—¿Que usted…? —Craine pareció ahogarse durante una eternidad.

Le ayudé.

—Fui a verle —dije—. Estaba en su oficina de transportes en compañía de una secretaria y de Andy Torio. La chica vale la pena. Enseña los muslos hasta el sexo.

Lansing bufó, indignado. Craine sólo apretó los dientes y esperó.

—Le dije que sabía quién era el fulano que cayó en la casa de

Shirley Benedict. Que sabía que trabajaba para él, y que iba a ocuparme de levantar la tapadera del puchero. Pensé que eso le preocuparía, pero no hasta ese extremo.

—Algo debe funcionar mal en su cabeza, McShane —refunfuñó el teniente—. ¿Qué dijo él?

—Que se acostaba con su secretaria.

Craine boqueó. Lansing soltó un insulto poco acorde con su cargo.

—¿Qué esperaba que dijera él, que iba a despacharme? Me dijo que se acostaba con la chica de los muslos al aire, y que me fuera al infierno de allí.

—¿Qué más le dijo?

—Nada, vaguedades. La misma historia que contó a la policía, respecto a que aquel tipo era sólo uno de sus camioneros.

—Mintió Hemos comprobado que el fulano no había conducido un camión en su vida.

—Eso no les permite a ustedes detenerle.

—No, claro que no. Pero volveremos a interrogarle ahora. Veremos cuál es su historia sobre esos dos torpedos.

Me dejaron sólo poco después. Atrapé la botella y me di ánimos con ella. La visión de la alfombra, con todas aquellas manchas nauseabundas, era deprimente, así que di otro tiento a la botella, enrollé la alfombra y descolgando el teléfono llamé a Zita, mi ardiente enfermera pelirroja.

Necesité emplearme a fondo para convencerla de que, esa noche, no estaba en condiciones para hacerle los honores. Le dije que acababa de sostener un combate con unos pistoleros, que había matado a dos hombres y que eso no era lo más a propósito para levantarle, la moral a uno.

Al fin lo admitió. Estuvo incluso cariñosa. No lo habría estado tanto si hubiese sabido que mi decaimiento se debía a otra clase de combate.

CAPÍTULO X

El guardia del estudio manejó el mecanismo que abría la gran verja de hierro. Pasé y detuve el coche mientras la puerta se cerraba otra vez. El dijo:

—El señor Allen le espera a usted en la oficina. Es el pabellón blanco, más allá de las naves de rodaje que…

—Ya sé el camino, amigo, gracias.

Asintió y reanudé la marcha. Antes de penetrar en el edificio blanco me crucé con pieles rojas, guerreros con armadura medieval, unas nenas vestidas con algo parecido a camisones transparentes, y un tremebundo Drácula que discutía acaloradamente con otro fulano cuya caracterización no acabé de captar. Tal vez fuera el Hombre Lobo.

En cambio, la rubiales que atendía la recepción no ofrecía dudas. Iba caracterizada de rubiales y nada más.

Me sonrió sin ganas, jugueteando con un elegante bolígrafo.

—¿Sí? —indagó.

—Me llamo McShane. Están esperándome.

Se enderezó un poco. Su sonrisa empezó a cobrar temperatura.

—¿Brady McShane?

—Seguro.

—Tercera planta. Alguien estará esperándole cuando llegue.

Al mismo tiempo señaló el ascensor. Le sonreí de la misma forma que ella lo hacía y tomé el cacharro hasta la tercera planta.

Cierto, estaban esperándome. Una morena alta, delgada, pero no tanto que uno no tuviera lugares y cosas donde agarrarse si ella le dejara. Esta lucía una sonrisa de alto voltaje que me devolvió la confianza en mí mismo.

—Venga conmigo, señor McShane —runruneó.

—A dónde usted quiera.

—¿Cómo…?

—Sólo guíeme. Debe tener un despacho privado para usted sola, supongo. Vayamos allí, ¿sí?

Su sonrisa se enfrió unos grados.

—El señor Allen está esperándole.

Giró sobre los talones y echó a andar. Seguí el delirante vaivén de sus caderas hasta una puerta, a la que llamó discretamente.

Seguidamente la abrió. Entré en la oficina del gran buitre. Bartlet Allen casi daba saltos.

—¡Maldito sea, McShane, desde que le llamé por teléfono tiene tiempo de haber dado la vuelta al mundo!

—El tráfico, ya sabe.

—¡Un demonio! ¿Qué es todo eso que hay en los periódicos, ha declarado una guerra particular en lugar de trabajar para mí?

—Estoy trabajando para usted.

—Ojalá fuera cierto.

Se dejó caer en su sillón, cuyos muelles chirriaron. Me miró como si quisiera fulminarme y cuando se convenció que eso no iba a impresionarme decidió entrar en materia.

—Después me contará esa nueva matanza de anoche. Ahora dígame, ¿conoce a Elsie Pomeray?

—Nos presentaron en un estreno o algo así.

Cabeceó.

—Estaba rodando esta mañana. En un descanso la llamaron por teléfono. Se desmayó con el auricular en la mano. Después, la maquilladora la sorprendió en el camerino cuando se disponía a tragarse todo el contenido de un frasco de barbitúricos. Medio minuto más y hubiera sido demasiado tarde. Organizó una escena espantosa de histeria, gritos y ataques de nervios.

—¿Dónde está ahora?

—En la enfermería atendida por un médico. Ha desorganizado todo el trabajo, justo cuando todo andaba ya de mal en peor. Creo que la mitad de la gente de Hollywood ha perdido la chaveta de un tiempo a esta parte. Vaya y háblele, tal vez se confíe a usted si le conoce.

—Lo intentaré, pero ya antes de hablarle puedo decirle qué altera a todos esos astros y estrellas, señor Allen.

Abrió la boca estupefacto. Creí que se había olvidado de cerrarla otra vez, tanto tiempo estuvo igual que paralizado.

—¿Que puede usted…?

Se ahogaba.

—¿Creía que no me ganaba los veinticinco mil dólares? Cuando me pongo en campaña soy una especie de apisonadora.

—¡Maldito sea! Y no se le ocurre decírmelo a su llegada… En realidad, aún no me ha dicho nada. ¿Qué les pasa a todos esos bastardos?

—Chantaje.

Dio un brinco.

—¿Eso? —bufó—. Usted está loco.

—Creo que no.

—Pero hombre, es ridículo. ¿A todos les aprietan las clavijas?

—Ahí está el éxito de la operación. Un negocio a gran escala, para decirlo de algún modo.

—No tiene sentido…

—Sí lo tiene, pensándolo un poco. No hay gentes más vulnerables que las estrellas de cine y televisión, cuando han alcanzado un cierto nivel, cuando el público los ha adoptado como modelos, como símbolos. La novedad del procedimiento estriba en que, de algún modo, alguien ha conseguido una verdadera fuente de secretos graves de la mayoría de estrellas. Cómo lo ha logrado no lo sé aún, me intriga que la cosa haya estallado con tanta virulencia, con tantas víctimas a un tiempo. Eso es lo que me falta averiguar.

—Eso, y el nombre del hijo de perra que ha organizado el tinglado.

—El nombre ya lo sé, aunque no sea posible probarlo por el momento.

De nuevo se quedó boquiabierto.

—¡Suéltelo! —tronó.

—Giro Matiella.

Perdió el color.

—¿Matiella? —jadeó sin voz.

—Seguro.

Sudaba. Se pasó un pañuelo por la frente y se restregó la cara con verdadero furor.

—¿Cómo lo ha averiguado?

—Eso no importa ahora. Es más importante saber de dónde saca sus informes, cómo consigue averiguar los secretos de toda esa

gente. Eso es primordial, porque aunque acabemos con él de algún modo, puede surgir otro si tiene acceso a sus mismas fuentes.

—Y no hay pruebas…

—Ninguna.

Suspiró. Seguía muy pálido.

—Hable con Elsie, McShane. Oblíguela a contarle todo lo que sepa, y maldito si me importa cómo lo consiga. Por mí, puede arrancarle las uñas una a una.

—Me conmueve su paternal interés por sus estrellas, señor Allen.

—A mí me conmueve el río de dólares que me hacen perder. ¡Largo, muévase y consiga resultados! En cuanto a ese Matiella… déjeme pensar un poco sobre el problema.

Le dejé pensando y me encaminé a la enfermería.

Encontré a un médico y una enfermera hablando en voz baja. Les dije quién era, y que iba allí en comisión del gran buitre. Parecieron aliviados cuando me dejaron sólo en la habitación donde Elsie Pomeray se debatía en las primeras olas del sueño artificial.

—¿Elsie? —dije en un susurro.

Ladeó la mirada.

—Soy Brady McShane. ¿Te acuerdas de mí?

—Sí… sí…

—Te han dado sedantes, así que no tardarás en dormirte. Quiero ayudarte y acabar con quienes te han colocado contra la pared. Sé lo del chantaje.

—¿Que tú…?

Se espabiló un poco, no mucho.

—¿Cuánto te piden?

—Cincuenta mil… es la segunda vez…

—¿Qué tienen contra ti?

—No puedo… decírtelo…

—Por lo menos sabrás cómo lo han averiguado. ¿Qué fue, Elsie, cartas acaso, fotografías?

Sacudió la cabeza. Sus ojos se volvían vidriosos por momentos.

—No… no sé…

—Debes saber si tienen fotos, o cartas comprometedoras. Lo que sea que tienen contra ti deben haberlo conseguido de algún modo, recientemente. ¿Cómo, Elsie?

—No hay cartas… ni fotos. Nunca nadie supo… nada…

—¡Pero ellos sí lo saben! ¿Cómo? ¡Elsie, resiste un minuto más, por favor! ¿Cómo han podido…?

Sus ojos se cerraron dulcemente. La zarandeé un poco pero ya no volvió a abrirlos, sólo susurró:

—Quizá… él… Brangean…

Casi salté hasta el techo.

—¿Quién es Brangean? ¡Elsie! ¿Me oyes?

Ya no respondió. Se había dormido.

Sentí tentaciones de darme de cabeza contra las paredes. Lo tenía al alcance de la mano y se me escapaba otra vez.

Salí disparado y atrapé al médico explorando las intimidades de su enfermera. Parecieron muy azorados cuando irrumpí allí sin previo aviso.

—¿Cuánto tiempo tardará en despertar? —exclamé.

—Bueno, estaba muy excitada, y yo…

—¿Cuánto tiempo?

—Seis horas, quizá siete.

Di un vistazo a la enfermera. Tenía mucho que explorar en su espléndido cuerpo.

—La hizo usted buena, doctor —rezongué.

Les dejé muy preocupados, y me fui en busca de Laurie.

Pregunté por ella en la oficina de rodajes y me dijeron que estaba en el número siete.

Volví a cruzarme con toda una fauna de personajes delirantes, antes de entrar en el pabellón número siete.

Era una nave alargada y espaciosa como todas las demás que albergaban los *platos* de rodaje. Entré, deslizándome en silencio hasta donde el director daba las últimas instrucciones a los actores. El decorado era una sala íntima. Al parecer, Laurie estaba a punto de ser seducida por un individuo que ya la tenía prácticamente desnuda. Entonces llegaba el héroe, interrumpiendo el proceso en el instante cumbre de la seducción.

Resonaron las voces de atención, de silencio. Los focos relampaguearon antes de estabilizarse. El director dijo primero:

—¡Cámara!

Y luego:

—¡Acción!

Chasqueó la claqueta y la escena se desarrolló ante mis narices.

Bueno, una parte de ella, porque el director dio un rugido y todo se paralizó.

—¡Condenación, no es eso! —bramó—. ¿En qué está pensando, Laurie? ¡Es una escena pasional, arrebatada, en la que va a ser poseída por un hombre al que no le une nada! ¿Es que no he sabido explicarme antes?

Ella balbuceó una excusa. Entonces me vio y debajo del maquillaje perdió todo asomo de color.

—Yo… no me encuentro muy bien —dijo casi llorando.

El director se llevó las manos a la cabeza.

—¡Diez minutos de descanso! —Ladró—. Intente tranquilizarse, ¿sí?

Laurie se alejó escoltada por la peluquera y la maquilladora. Fui tras ellas hasta el camerino, y cuando se disponían a entrar las tres dije:

—Quédense fuera ustedes dos. He de hablar con Laurie.

Me miraron, indignadas. Laurie pareció dispuesta a negarse, pero al fin hizo una seña a las dos mujeres y cerró la puerta triando hube entrado.

—¿Te han pedido otros cincuenta mil? —le espeté.

Se dejó caer en la butaca, delante del tocador.

—¿Cómo lo sabes?

—No eres la única. ¿Qué piensas hacer, recurrir a los barbitúricos, como las otras? Elsie Pomeray lo ha intentado hace apenas una hora.

—Lo sé…

—A ella también le han pedido cincuenta mil por segunda vez. Y luego habrá una tercera, y una cuarta, hasta el fin.

—Brady…

—Éste es un negocio rápido. Tienen que sacar todo el provecho posible en un tiempo mínimo, porque al fin la cosa estallará como una bomba. Para entonces necesitan tener todo el dinero y haber borrado sus huellas. ¿Vas a permitir que te arruinen, que te destruyan sólo por miedo a algo que pasó hace años?

Me miró a través del espejo. Me incliné sobre ella, apoyándole las manos en los hombros. Clavé la mirada en ella también en el espejo y dije suavemente:

—¿Quién es Brangean?

Se irguió súbitamente. Su rostro semejó una carátula de terror.

—¡Brangean…! —balbuceó—. ¡Oh, no…!

—¿Quién es, Laurie?

—¡El no puede haber hecho eso, Brady! Estás equivocado.

—¡Maldita sea! ¿Quién es? Sólo dime eso y tus preocupaciones habrán terminado.

Sacudió la cabeza.

—El no. Nunca haría eso conmigo.

—¿Por qué no?

—Sé que no lo haría.

La zarandeé un poco. Empezaba a ponerme nervioso.

—Deja que sea yo quien lo aclare, Laurie. ¿Quién es, dónde puedo encontrarle?

—Te digo que es imposible. Confío en él.

—¡Estúpida! ¿Recuerdas a Shirley Benedict, y a su doncella? Las asesinaron y yo las encontré. La chica no estaba muerta aún cuando llegué a su lado, y cuando le dije que había matado al bastardo que las acababa de violar y asesinar me pidió que matara también a Brangean. ¿Qué te parece eso?

Creí que iba a desmayarse. Optó por cubrirse la cara con las manos y ponerse a sollozar.

Me aparté, dándole tiempo. Fumé un cigarrillo sin pronunciar otra palabra. Por fin la oí susurrar:

—El… él lo sabe todo de mí. Yo se lo conté.

—¿Y no puedes contármelo a mí? Si no confías en mi discreción, ¿por qué confiaste en la suya?

Apenas la entendí cuando susurró:

—Porque él es mi psiquiatra.

Casi me caí de espaldas.

—¡Infiernos! Así que es eso… Pero aguarda un minuto. No lo encontré en la guía de teléfonos. ¿Cómo explicas eso?

—Se llama Pierre
d'Oray
Brangean. Es de origen francés.

—Ya veo.

Entonces se volvió de cara a mí. Tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Pero estás equivocado, Brady. Es un médico, no puede

traicionar la confianza de sus pacientes. Y fue bueno y comprensivo conmigo. No me engañó, me ayudó cuanto pudo…

—Deja que sea yo quien compruebe hasta dónde se puede confiar en él.

—Estoy desesperada, Brady. Por favor, ayúdame.

—Lo estoy intentando desde el principio, sólo que tú no me lo permitiste hasta ahora, ¿recuerdas?

—Haré lo que quieras, todo lo que quieras.

La besé en la boca antes de salir. Paladeé el sabor de sus lágrimas y eso hizo crecer aún más la ira que sentía.

Cuando salí de allí, la maquilladora y la peluquera me miraron como si yo fuera el mismísimo Lucifer.

CAPÍTULO XI

Si hay un lugar que me produce náuseas, es justamente la Morgue. El depósito de cadáveres, con su desagradable olor a desinfectantes, sus paredes asépticas y su silencio, hacen que me sienta tan a gusto allí como un pingüino en un horno.

Di otro vistazo a la puerta cerrada. El teniente Craine rezongó:

—Está usted más nervioso que un gato, McShane.

—Ese tipo tarda demasiado. Si el sargento trae a Haven antes de que termine…

—Fue idea suya todo esto, ¿recuerda? Así que tómelo con calma. Por mi parte, sigo opinando que es una ridícula mascarada.

Me encogí de hombros. Yo también empezaba a dudar de mi descabellada idea. Una cosa era pensarlo y otra muy distinta ponerlo en práctica.

Sonó el teléfono. Craine lo atrapó de un zarpazo, se identificó y escuchó. Soltó un par de gruñidos y colgó.

—Están en camino. El sargento ha detenido a Jack Haven en el piso de ese tugurio,
Macy's.
Lo trae para acá.

Volví a mirar la puerta cerrada. Estuve tentado de empujarla y entrar por ella, pero sólo imaginar lo que estaba sucediendo al otro lado me produjo náuseas y lo dejé correr.

Craine enarcó las cejas.

—¿Se encuentra usted mal, McShane?

—¿Quién, yo? Estoy perfectamente.

—Me pareció como si se hubiera quedado blanco…

Solté un bufido.

Entonces, la maldita puerta se abrió y aparecieron dos hombres. Uno era el médico forense. El otro tenía la cara gris, las manos le temblaban y parecía no tener fuerzas siquiera para sostener el

maletín que llevaba.

Éste se detuvo delante de mí y me miró de mala manera.

—Ya está —boqueó—. Sólo lo he hecho porque el señor Allen lo ordenó, según instrucciones de usted, amigo. Pero la próxima vez olvídese de mí. ¿Entiende? Ni por el señor Allen ni por nadie volvería a… Quiero decir que antes de hacer eso otra vez prefiero perder el empleo.

Salió disparado. Parecía a punto de desmayarse, como si le faltara el aire.

El doctor Malcolm remachó:

—Ha sido un buen trabajo, McShane. Una belleza. Entre y véalo.

—Ya lo veré después. Imagino que habrá quedado bien, contando con el mejor maquillador de los estudios de Allen.

—El pobre tipo… pasó un rato infernal.

Se echó a reír y se largó.

Craine encendió un cigarrillo.

—McShane, a veces pienso que tiene usted alguna pieza floja en la sesera. Eso no puede salir bien de ningún modo.

—Jack Haven es una montaña de músculos, pero tiene los sesos de un mosquito anémico. Se desfondará, estoy seguro, con sólo que Se apriete un poco. Si habla, tendrá usted a Matiella en el bote.

—Lo dudo, pero ya que hemos llegado hasta aquí no voy a volverme atrás.

El sargento Lansing llegó quince minutos más tarde, empujando al gigantesco Haven delante de él. Haven con las manos esposadas parecía más desconcertado que asustado.

—¡Oiga! —chilló—. ¿Qué lugar es éste? Usted dijo que me llevaba a Jefatura…

—Esto es más divertido, Haven —dijo Craine, sombrío.

—Estás en el depósito de cadáveres, Haven —le informó el sargento con amabilidad.

—¿Qué? ¡Eh, no pueden hacerme esto! Quiero llamar por teléfono.

—¿A quién?

—Bueno, tengo mis derechos. Quiero un abogado.

—Tendrás todos los que quieras, pero ninguno de ellos te librará de la cámara de gas, Haven —gruñó Craine.

—¡Yo no he matado a nadie!

—Giro Matiella dice otra cosa distinta —le solté.

Se quedó mudo.

—¿Matiella? —gorjeó después.

Craine hizo su parte.

—Le detuvimos por este asesinato. Cuando se vio entre la espada y la pared cantó. Fuiste tú quien asesinó a la chica. Y era una estrella de cine, Haven, así que el tribunal te condenará sin muchas deliberaciones. Estarán influidos por los periódicos, que van a pedir tu cabeza a gritos.

—¿Se han vuelto locos? Yo no he matado a ninguna estrella de cine… ¡Matiella no puede hacerme eso a mí!

—Ya lo ha hecho. Fuiste a cobrarle cincuenta mil dólares, ella no quiso pagar y perdiste los estribos. Y ahí dentro está la pobre chica. Vamos, la identificarás.

—¡Eh, esperen un momento…!

Craine le dio un empujón y el gigante se fue trastabillando hacia la puerta cerrada.

Lansing le sujetó allí, mientras el teniente abría la puerta. Le empujaron dentro y yo entré detrás.

Sobre tres de las cuatro mesas de disección, había otros tantos cadáveres cubiertos por sábanas. Craine miró a Haven de reojo.

—Acércate, muchacho. Quiero que la veas.

—¡No tienen ningún derecho…!

Otro empujón le llevó hasta la mesa más próxima.

Lansing agarró un extremo de la sábana y a una señal del teniente descubrió el cadáver.

Como estaba previsto, se equivocó. Apareció un hombre de unos cuarenta años, con la cabeza aplastada. Se había arrojado desde una ventana y lo que quedaba de su cara era una masa informe, escalofriante.

Haven soltó un grito y se volvió de espaldas. Craine refunfuñó:

—No es éste, sargento. ¿En qué está usted pensando?

—Lo siento… —farfulló Lansing.

Tiró de otra sábana.

Apareció la cara de Bárbara Green, la estrella que se había suicidado con barbitúricos. Sólo que ahora, cuando apareció ante nuestras miradas, tenía el rostro lleno de sangre seca, y un orificio en la frente.

—Mírala bien, Haven —rechinó Craine—. Le pegaste un tiro y así quedó. No es nada agradable de ver, ¿eh?

—¡Basta! Yo no hice eso… nunca vi a esa chica…

—Matiella declaró bajo juramento, así que su palabra será la que influya en el tribunal.

Lansing remachó:

—Estás listo, saco de músculos. Empaquetado para San Quintín.

Como si estuviera muy fastidiado, Craine dijo:

—Llévatelo de aquí. Incomunicado, y ocúpate de que no se admita fianza para este pobre idiota. Va a cargar con las culpas de otros, pero eso es cuenta suya.

Yo intercedí.

—Quizá, si se decidiera a hablar claro podríamos influir a su favor cerca del fiscal, teniente.

—Eso también es cuenta suya. Si confiesa y habla claro aún podrá tener una oportunidad. Llévatelo de aquí, sargento, quítame esta basura de mi vista.

Lansing tiró del gigante. Haven estaba verde.

—Hablaré —jadeó—. Nunca maté a nadie… alguna paliza de vez en cuando, sí, pero matar a una mujer… no. ¡Tienen que creerme!

Craine rugió:

—¡Sácalo de mi vista! Tómale declaración y veremos qué podemos hacer para que no le metan en la cámara de gas, pero ahora llévatelo de aquí, Me dan nauseas los estúpidos que se dejan freír en beneficio de Matiella.

Lansing se llevó al vociferante Haven a empujones.

Cuando se hubo cerrado la puerta volví a mirar el rostro maquillado de la estrella y no pude menos que comentar:

—El maquillador hizo un trabajo estupendo. Hasta a mí me ha puesto los pelos de punta.

Craine me siguió fuera de la sala. Encendimos cigarrillos y luego él gruñó:

—Quizá de resultado después de todo, McShane. Le veré en mi despacho.

Se fue zumbando y yo me encaminé a la esquina donde dejara mi coche.

Por primera vez en mi vida, me dispuse a visitar a un afamado

psiquiatra. Nunca habíamos hecho buenas migas los reductores de cabezas y yo.

CAPÍTULO XII

Era un hombrecillo pulcro, elegante, bien rasurado y con una mirada aguda y penetrante. Una de esas miradas que parecen poder adivinarle a uno hasta el número de los calcetines.

—Sólo accedí a recibirle sin cita previa —dijo, muy digno—, porque ha mencionado usted la palabra escándalo ahí fuera. Pero le ruego que sea breve, señor. Tengo pacientes esperándome. Pacientes que pidieron hora hace semanas.

—Opino que para hacerse extorsionar no vale la pena tanto formulismo.

—¿De qué está hablando? Oiga, señor… ¿McShane?

—Sí.

—Señor McShane. Empiezo a pensar que sus intenciones al venir aquí ocultan algún propósito delictivo. Creo que llamaré a la policía.

Agarré el auricular del teléfono y se lo tendí amablemente.

—Hágalo, doctor. Pregunte por el teniente Craine, de Homicidios. Se alegrará.

No tocó el teléfono. Estuvo mirándolo por espacio de medio minuto y luego se echó atrás en su butaca.

—Prefiero escucharle primero —decidió.

Devolví el auricular al soporte. Encendí un cigarrillo con mucha calma, sólo para demostrarle que no tenía ninguna prisa, y luego empecé:

—Reconozco que fue una idea sensacional, doctor.

Aprovecharse de las confidencias de sus pacientes para chantajearlas… Un golpe maestro, sobre todo contando con que se trata de estrellas de cine. Gente rica, y con un miedo cerval a según qué clase de escándalos.

—Continúo sin saber de qué está hablando.

—Lo sabe usted, doctor, y lo sé yo. Una paciente con

desequilibrios emocionales viene a usted, le abre su corazón y su cerebro para que la libre de sus fantasmas particulares… A veces, confiesan cosas realmente graves, realmente sucias. Ya las tiene usted atrapadas, sólo que debido a su posición no puede exprimirlas por su cuenta. Necesita ayuda. ¿Y qué mejor que un profesional del delito, bien organizado, como Giro Matiella?

Estaba blanco ahora. Pequeñas gotas de sudor empezaban a brillarle en la despejada frente. Intentó hablar y no pudo.

Le di unos segundos más de respiro y entonces le solté el cartucho final:

—El juego se acabó de todos modos, doctor. Hay dos de sus pacientes que han hablado. La gente de Matiella les sacó mucho dinero. No va a sacarles más. Esas mujeres saben bien que sólo mediante las confidencias que le hirieron a usted han podido extorsionarlas. Nadie más sabía sus secretos. No había la más mínima prueba, nada. Ni cartas, ni fotos ni documento alguno. Sólo lo que habían confesado a su siquiatra con la esperanza de que éste las librara de sus demonios particulares. Bueno, doctor, creo que ha llegado la hora de que responda ante la ley. ¿No le parece?

—Usted no es policía… por lo menos, eso le entendí.

—Detective privado, pero eso no cambia nada en este caso.

—Ya veo.

Me levanté.

—Será mejor que despida a sus pacientes, doctor. Va a tardar mucho tiempo en volver a esta consulta.

Me miró como si pudiera ver a través de mí. Una mirada perdida, alelada. Pareció encogerse en la butaca y balbuceó:

—No es lo que usted imagina, McShane.

—Escuche, doctor. Han muerto varias mujeres al ser bárbaramente acusadas por Matiella. Esas muertes va usted a pagarlas, y sólo al hecho de que yo haya colaborado con la policía se debe el que no le aplaste con mis propias manos.

Sacudió la cabeza.

—Yo soy también una víctima, McShane —murmuró.

—No me venga con historias. Ya se las contará al jurado.

—Escúcheme… Está usted en lo cierto en líneas generales. Sólo se equivoca en una cosa. Yo no planeé esa extorsión a gran escala, ni percibo un centavo de ella.

—¿Y qué? Aunque eso fuera cierto, cosa que dudo, esas mujeres murieron por su culpa, doctor.

—No lo entiende usted. O no quiere comprenderlo. Matiella descubrió algo contra mí, algo que podía hundirme, llevarme a la prisión… Fue así como me obligó a facilitarle mis archivos, las cintas grabadas con las sesiones de mis pacientes…

—¿Tiene él ahora todo ese material?

—Sólo una parte, lo que realmente le interesó de todo lo que vio y escuchó.

—¿Incluso lo correspondiente a Laurie Revere?

Asintió con un gesto.

—¿Y Elsie Pomeray?

—También… y muchas otras.

—De acuerdo, hágalo constar en su defensa. Ahora, vámonos de aquí.

—¿Es que no va a darme ni una oportunidad, McShane? ¡Ya le he dicho que yo soy también una víctima de ese miserable!

—Pero también es médico. Debió poner su deber por delante de su miedo, y esas muchachas no hubieran muerto. ¡Andando!

Siguió sentado. Le atrapé por las solapas y lo levanté de un tirón. Lo saqué del consultorio casi a rastras y dejé atrás a una vociferante enfermera agarrada al teléfono, llamando a gritos a la policía.

CONCLUSIÓN

Craine apartó las hojas mecanografiadas conteniendo la declaración firmada del doctor Pierre
d'Oray
Brangean, se echó atrás haciendo crujir los muelles del sillón y gruñó:

—Por lo menos, hemos terminado con una extorsión a escala industrial —suspiró antes de añadir—. Veremos si será posible acabar igualmente con Matiella.

—Usted sabe que tiene buenos picapleitos, Craine. Le secarán de esto como le sacaron de otros apuros en el pasado.

Se encogió de hombros.

—Eso ya no es asunto mío. Voy a pasarle todo el paquete al fiscal tan pronto me traigan a Matiella para el interrogatorio.

Encendí un cigarrillo. Mis ideas no eran alegres ni mucho menos.

Cuando sonó el teléfono los dos dimos un respingo. Lo agarró casi con furia.

—¿Sargento? —Ladró—. ¿Lo tiene usted?

Escuchó. Se puso rojo. Soltó un juramento y colgó.

—Tienen a Torio —dijo—. Pero de Matiella no hay el menor rastro.

—¿Han probado en sus oficinas de la compañía de transportes?

—Seguro. No está allí y la secretaria no sabe el paradero de su jefe. Tampoco lo han encontrado en el apartamento que posee en la ciudad, ni en su residencia de Hollywood Tills. El maldito se esconderá mientras busca la manera de neutralizar la declaración de Jack Haven.

A través de la ventana abierta nos llegaba el rumor del tráfico en la calle. Vi que el sol había dejado paso a la tenue claridad del atardecer. Miré mi reloj y me levanté.

—Ya nos veremos, teniente —dije encaminándome a la puerta.

—¡Eh! ¿Qué diablos le ha dado, McShane?

—Tengo cosas que hacer.

—¿Qué cosas? Oiga, si cree que…

Cerré la puerta a mis espaldas y salí del enorme edificio policíaco a escape. Conduje el coche como no debe conducirse nunca un coche por las calles de Los Ángeles, y cuando lo estacioné en un lugar prohibido creí que había llegado demasiado tarde.

Sólo tuve que aguardar cinco o seis minutos. Pasado ese tiempo, la secretaria de muslos sensacionales apareció en la puerta.

Era una chica muy especial. Llevaba el mismo escote hasta la barriga, y a pesar de que allí, de pie, la falda estaba como debía estar, uno podía delinear sus muslos sin una sola vacilación.

Miró arriba y abajo. Los que pasaban por la acera la miraron a ella. Alguno silbó y se quedó clavado en el suelo, deslumbrado.

Ella echó a andar. De vez en cuando se detenía delante de un escaparate. Luego reanudaba la marcha contoneándose para recreo de los mirones.

A mí no me recreaba la vista en esta ocasión porque estaba demasiado ocupado tratando de pasar inadvertido, deslizando el coche despacio y a buena distancia de ella.

Cuando se convenció de que no la seguía nadie sospechoso, dobló una esquina y entró en un aparcamiento subterráneo.

Volvió a salir minutos más tarde al volante de un hermoso *Cadillac* color crema. La dama tenía gustos refinados y alguien que le pagaba algo más que el sueldo.

Seguí tras ella en medio de una marea de tráfico, hasta que desapareció con su coche en el aparcamiento privado de un gran edificio de apartamentos.

Dejé el coche y descendí la rampa a pie. Llegué a tiempo de verla desaparecer en un ascensor.

Un empleado desvió la mirada de la puerta del ascensor, encandilado aún por aquellos muslos oscilantes.

Le puse un billete en las manos.

—¿A qué planta va esa nena? —indagué.

Respondió automáticamente, casi antes de ver el billete.

—Séptima, pero…

Salté al otro ascensor y lo lancé hacia arriba. A pesar de que era

muy rápido me pareció que subía a paso de tortuga.

Justo cuando se abrían las puertas, vi a la despampanante secretaria parada delante de una puerta, buscando las llaves en el bolso.

Me vio demasiado pronto. Dio un grito y trató de apartarse de la puerta. Le enseñé la pistola como al desgaire.

—No grites, preciosa. No alborotes si sabes lo que te conviene.

—Usted, usted…

—Las llaves, pronto.

—No comprendo. ¿Qué pretende? Usted estuvo en la oficina…

—Oh, claro que estuve allí. Y aún no he podido olvidar tus muslos. Están convirtiéndose en un trauma para mí. Ahora, sé buena y dame esas llaves.

Miró a la puerta como si esperase una respuesta de la sólida madera. Luego me miró a mí y a la pistola.

Acabó tendiéndome la llave.

—¿Está él dentro? —dije.

—Vivo sola. Yo…

—Claro, claro.

Introduje la llave en la cerradura y le di vuelta. Cuando iba a empujar la puerta ella gritó:

—¡Cuidado, Giro!

Volteé la mano y la golpeé con el cañón de la pistola. Volvió a gritar, esta vez de dolor, y se desplomó. En el mismo instante, dentro del apartamento sonó el trueno de un disparo y una bala abrió un astillado orificio en la madera, a la altura del pecho de un hombre.

Di una patada a la puerta y la abrí con estrépito, pegándome a la pared, a un lado. Hubo otro disparo y la bala salió aullando al rebotar contra la pared del pasillo.

La muchacha gateó por el suelo, alejándose. La atrapé por los cabellos, zarandeándola sin contemplaciones.

—¿Hay escalera de escape? ¡Responde, maldita sea tu estampa! ¿La hay?

—¡Sí…!

Le solté un revés y se quedó hecha un ovillo sobre la alfombra.

Volví al quicio de la puerta y grité:

—¡Esta vez estás atrapado, Matiella! Sal de aquí con las manos

vacías.

—¡McShane, hijo de perra! —rugió.

—El mismo. Tienes a toda la policía de la ciudad rastreándote. Tu buena estrella se apagó.

—¡Entra a buscarme!

—¿Para qué? En unos minutos llegará un batallón de policías. Ellos te sacarán a tiros.

Se quedó callado, seguramente pensando en eso. Oí un leve roce y luego silencio otra vez.

Yo no quería que llegara la policía. No todavía.

Me agazapé, con los músculos tensos. Luego di un salto y entré en el apartamento dando tumbos por el suelo, rodando como una pelota.

Sonó un tiro, y luego nada. Me levanté, doliéndome el costado. Oí en alguna parte el golpe de una ventana. Corrí hacia la puerta del fondo y llegué a tiempo de ver a Matiella escabullirse por el rellano de la escalera de incendios.

Aún tuvo tiempo de soltarme otro balazo, que hizo saltar astillas del quicio de la puerta. Luego despareció.

Asomé la cabeza. Sus pasos resonaban sobre los peldaños de hierro, un piso más abajo.

Salí también y asomé medio cuerpo fuera de la barandilla.

Le vi allá abajo. Vi también muchas cabezas asomadas en todo el vecindario.

Le grité que se detuviera y lo hizo, pero fue para asomarse también y levantar el revólver que empuñaba.

Disparé primero esta vez. Trastabilló, agarrándose a la barandilla. Hice otro disparo, sólo para estar seguro de que en esta ocasión Matiella no enternecería a ningún juez senil y con los sesos hechos agua.

Dio un brinco cuando la bala le pegó en la cara. Su cuerpo volteó por encima de la barandilla, dio una voltereta y por una fracción de segundo pareció suspendido en el vacío, como sostenido por hilos invisibles. Luego, en medio del griterío espantoso de la gente, se hundió en aquel pozo de sombras, para estrellarse en el callejón y acabar de hacerse migas.

Me recosté en la pared, jadeando. Multitud de caras me miraban desde todas las ventanas. Empezó a oírse una sirena, y luego otra, y

otra más. Las sirenas ahogaron los gritos. Volví atrás y regresé al apartamento de la secretaria que acababa de quedarse sin jefe y me dispuse a esperar al teniente Craine.

Mi pelirroja enfermera asomó la cabeza por la puerta de la cocina y se interesó por mis preferencias respecto al *whisky*.

—Sólo un poco de hielo, querida —dije.

Cuando lo trajo la examiné una vez más. Llevaba uno de esos atuendos de andar por casa compuesto por un pañuelo en el busto, anudado a la espalda, y unos *shorts* ridículamente pequeños que perdían la batalla queriendo retener la firmeza de sus muslos.

Se veía bien. Ya lo creo que sí.

—De modo —runruneó—, que has sembrado de cadáveres toda la ciudad, en lugar de pasarte las noches conmigo.

—Sólo evité que me dieran el pasaporte. Además de interrumpir la racha de suicidios entre la gente de cine. Estaba convirtiéndose en una plaga —di un sorbo al *whisky* y añadí—: Por supuesto, también hice algo que ganarme veinticinco mil dólares.

Dio un salto, mirándome asombrada.

—¿Tanto dinero? —jadeó.

—Menos impuestos, claro. Pero queda el suficiente para unas largas vacaciones. Piensa en eso.

—No necesito pensar nada. Empezamos desde ahora.

Se dejó caer suavemente sobre mí. Tanteé en el condenado nudo, en su espalda y en un instante me hube quedado con el pañuelo multicolor entre las manos. Instantes después era algo mucho más sólido lo que quemaba mis dedos, mientras sentía su boca en la mía. Era una boca suave y exigente a un tiempo. Ardía. Rugía en llamaradas de urgencia, y al mismo tiempo semejaba una brisa marina, llena de sol, de calor y de sal.

Nunca supe si fui yo o la cosa partió de ella, pero en un momento determinado vi el ridículo *short* tirado sobre la alfombra. Aquello me dio a entender que yo también debía desprenderme de algunos estorbos, antes de llevar a cabo la tarea que se esperaba de mí.

Así que lo hice. Y también cumplí con la obligación, naturalmente. Ella gritó, gimió y rió, y sus uñas abrieron surcos sangrientos en la piel de mi espalda, mientras se enroscaba a mí

como las raíces del árbol de la vida, cual si el estallido no fuera a terminar jamás. En cualquier caso duró una eternidad.

FIN

DESDE AHORA

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series
CENTAURO y OESTE LEGENDARIO
las primeras ediciones
de las obras de
M. L. ESTEFANIA
el autor mundialmente famoso que a través dé sus relatos llenos de fuerza y colorido, ha sabido prestar nueva vida a los esforzados personajes que forjaron la leyenda del viejo y salvaje Oeste.

APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

8b

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.